

Jacques Serguine

Elogio de la axotaina



La sonrisa vertical



Este original texto, deliciosa mezcla de recuento de experiencias y de manual para no iniciados, aborda una fantasía muy recurrente y descrita con mucha frecuencia en las obras eróticas, pero nunca analizada en profundidad. Dar una azotaina, ¿qué beneficios puede reportar a la persona azotada y a quién la propina? ¿Cuándo hay que darla... o recibirla? Y, muy particularmente, ¿cómo debe hacerse para que no provoque precisamente lo contrario de lo que persigue?... El escritor francés Jacques Serguine reivindica el azote como uno de los gestos derivados del amor, en un contexto de mutuo consentimiento. A partir de sus vivencias personales, y mientras explica paso por paso cómo realiza él mismo esta práctica, el autor elabora y desarrolla sus teorías para demostrar en propia piel el placer y el acercamiento que procura entre quienes lo practican. Así pues, no es un libro sobre el sadismo ni el masoquismo, sino un breve y meditado estudio que aborda con gran naturalidad una fantasía erótica que pocos se atreven a poner en práctica.



Jacques Serguine

Elogio de la azotaina

La sonrisa vertical 139

ePub r1.1

ugesan64 01.06.14

Título original: *Eloge de la fessée*

Jacques Serguine, 1973

Traducción: Ana Herrera

Edición conmemorativa 1.º aniversario ePubLibre

Editor digital: ugesan64

Corrección de erratas: Helden

ePub base r1.1



ANIVERSARIO EDICION CONMEMORATIVA



se

ePubLibre.org

«Golpead y os abrirán»
Mateo, VII, 7

«Profesor: el que se aprovecha del azote»
M. Leiris, *Glosario*

CAPÍTULO I

Por qué

Nosotros, me refiero a los hombres, ya no azotamos a nuestras mujeres. Es posible incluso que nunca las hayamos azotado. Esta abstención, esta carencia, es escandalosa. Lo es porque de ese modo nos privamos, y las privamos a ellas, de una enseñanza, un acercamiento y un placer. Veamos lo que quiero decir.

El trasero de la mujer es una de las más nobles conquistas del hombre. Pierre Mac Orlan, hacia los años 30, para caracterizar el tipo de imbecilidad, o al menos de inmadurez, de uno de sus personajes, rústico venido a más repentinamente, observa con justeza que ese grosero todavía consideraba risible la vista de un trasero femenino. Las costumbres sólo se modifican lentamente, cierto, mucho más despacio que las ideas. Admitamos, por consiguiente, que esa parte admirable, sedosa y tierna, rolliza y graciosa, y tanto más conmovedora cuanto que está profundamente hendida, del cuerpo humano, no nos mueve ya a risa como sucede a veces en los cuentos árabes, sino más bien nos produce esa imperiosa sensación de opresión en la garganta, de aceleración del corazón, con ese esponjamiento, por así decirlo, de los riñones, que fulguran sordamente, tan exacta y suntuosamente bella es esa parte, ofrecida y cerrada sobre sí, colmada y exasperante, cándida y casi intolerablemente provocadora; tan insultante, alegre, burlona, serena y perversa.

El sexo de la mujer nos resulta más familiar a

los hombres. Lo conocemos desde hace mucho tiempo, o lo reconocemos al menos, lo hemos domesticado o hemos sido domesticados por él, lo hemos penetrado, sostenido en las manos, en nuestros sueños y entre nuestros labios. Lo hemos rodeado mientras nos empuñaba. Pero el trasero permanece lejos de nosotros. ¿Qué significa eso?

Esta mujer, la mía para hoy o para siempre, se desnuda. Su pecho es mi país. Amaría locamente a André Breton, incluso sin ningún otro pretexto, sólo por haber suministrado una razón para no obedecer incondicionalmente ciertas consignas del marxismo: que hay pechos demasiado bonitos.

¡Si! Y eso vale, se sobreentiende, para todo lo que tiene mi mujer: sus hombros, sus brazos, el vientre, la pulposa concha hinchada, radiante y sombreada, partida como sugiriendo otra grieta, de su sexo. Todo eso me resulta íntimo y cercano, incluso si esta noche solamente, o por el contrario día tras día, lo deseo hasta perder buena parte de mi sentido común, y de mi aliento, todo de golpe. Mi mujer se vuelve, o la vuelvo yo mismo, aunque esté de pie, sobre la cama o sobre mis rodillas, como una crepe caliente, como una gavilla caliente. Realmente, reconozco su espalda muy bien, la cara dorsal de sus muslos y sus piernas, la sombra prolongada de su sexo. Oh, sí, pero es el maravilloso trasero al que quiero llegar, por supuesto, y lo que me asombra continuamente. Se diría que me fulmina, es resplandeciente y dulce, desencadena mi hambre y mi sed y por fin me vuelve loco. De verdad, hace de mí un loco, una criatura trastornada como un conejo despellejado, un caníbal. Ciertamente es que desde los tiempos psicológicos y afectivos de los héroes de Mac Orlan hemos inventado mucho sobre el trasero femenino. Yo no me río en absoluto, lo beso, lo

tomo y lo lamo tanto como puedo, lo acaricio, lo araño, lo muerdo y lo como también todo lo que puedo, no dudo ni un momento, o apenas un momento en hacerle el amor.

Sin embargo, más que la profundidad vertiginosa y prensil del sexo, parecen ser la misma convexidad del trasero, su masa, su equilibrio opresivo de roca densa por encima del vacío los que permanecen inaccesibles y a la vez tan inmediatos, querría escribir tan inminentes, de perfección y de presencia, realmente como la bóveda del cielo y, tal como esta, lejanos, desesperantes en la medida o en la desmedida misma en la cual arrancan de lo más hondo de mí el grito extremo del sempiterno anhelo de amor.

¿Qué hay de infantil en esto, realmente? Creo que si alguna cosa en el mundo ha debido ser la presa y el destino de cualquiera que se considere un hombre, o simplemente se crea adulto, es ese trasero mágico, turbador, milagroso sin lugar a dudas.

Sin embargo, ya no azotamos a nuestras mujeres. Quizá no las hemos azotado nunca.

El término mismo, una azotaina, que por mi parte encuentro más carnal, más sugestivo y gentil, más burlescamente picante que la palabra de la que deriva, las nalgas¹, tan feo y tan pesado, ese término parece estar asociado en el espíritu masculino y en general del adulto a un cierto mundo de la infancia. O bien a una pura perversidad, si no a una perversión, con un matiz libidinoso, con todo lo que ello implica de débil, senil y malsano.

Un cierto mundo de la infancia. Es fascinante para mí leer, cuando consulto la última en aparición de nuestras grandes obras lexicográficas, el Diccionario alfabético y analógico de Robert:

AZOTAINA: Golpes que se dan en las nalgas. Dar una azotaina a un niño...

Y más allá: AZOTAR: Pegar dando golpes en las nalgas. Azotar a un niño para castigarlo.

Por todos los santos, ¿qué es lo que ha podido unir, en la mayoría de las mentes, el trasero, o el uso delicioso que de él se puede hacer, con el mundo de la infancia, de manera tan estrecha que los dos ejemplos destinados a ilustrar el uso habitual, en una lengua, del primero, se refieran los dos al segundo? Dar una azotaina, una azotaina a un niño. Pero, demonios, ¿por qué no a una mujer, a la mía, a la vuestra, o incluso por qué no a un hombre, si uno se preocupa por la lógica, como es mi caso? ¡Azotar a un niño para castigarlo! Volveré luego sobre el concepto de castigo, que parece tan unido a la encantadora idea de la azotaina. Pero incluso reconociéndolo, ¿por qué precisamente a un niño? Es absurdo. Azotar a un niño para castigarlo, ¿qué quiere decir eso? Suponiendo que uno tenga, o que la azotaina tenga en sí misma una vocación punitiva, ¿por qué esta debería dirigirse, con ese rabioso exclusivismo, a un niño? ¿Somos, en materia de traseros, amantes de los niños? ¿O es que las mujeres, o los hombres si uno se preocupa por la lógica y la justicia, como es mi caso, no poseen sus propios traseros? Insistamos en que es absurdo. Los lexicógrafos son, por otra parte, los primeros en saberlo, porque no tardan en citarnos, a continuación de sus «azotaina» y «azotar», un ejemplo literario ilustre: no el de Jean-Jacques Rousseau, bien alcanzado en sus dignidades fundamentales cuando era un niño, sino el del Cándido de Voltaire, que era de lo más adulto cuando tuvo la suerte de ser de tal modo, y además rítmicamente según el texto, azotado.

Después el carácter libidinoso, definitorio, según Paul Robert: quien se abandona sin pudor a bajos apetitos sensuales o viciosos. Un viejo libidinoso. Quiero creer que ya no se hace caso de los pequeños manuales, esa sería la palabra, tan repugnantes, que, para las intenciones de esos viejos, y cualquiera que sea la edad de estos últimos, la describen, aplicándola, y esa sería también la palabra, a adultos, pero corrompiendo al mismo tiempo, y seguimos con las palabras, el uso en sí honorable, no reconocido y aquí pervertido de la azotaina.

Aquí, en efecto, es demasiado fácil descubrir, por desgracia, una pura y simple, o más bien impura y complicada receta de excitación, de titilación, dedicadas no a esos adorables traseros que son mi objeto y mi meta, un horizonte mirando hacia el cual se puede morir realmente de deseo y de vida, sino, de forma abyecta y grotesca, en cuanto vana, a esos ojos polvorientos de no ver o de no verlos ya más, a esas manos secas de no tocarlos, a esos cerebros que no los conciben, o apenas, a esos sexos muertos tras sus condecoraciones y sus plumas.

Parece, pues, eso todo lo que podemos encontrar de forma rápida a propósito de traseros comestibles y graciosos, sí, tan graciosos, los muy astutos, traidores, y a propósito de azotainas. Cándido es azotado al ritmo de la música. Se azota a los niños para castigarlos. En fin, en el secreto mucilaginoso de no sé qué pensionados o cuartos oscuros, resumen de sesos idiotizados para el uso de cuerpos impotentes, se azota a nuestras adorables compañeras. Pero esto siempre sucede en los libros, y es otro el que azota, y también es otra la azotada: por lo tanto, no se trata de nuestras compañeras ni de nosotros, ¡no existen

los traseros, son historias sin fundamento, no hay azotainas!

Pues bien. Todo eso es lo que deseo cambiar, y dado un proyecto de una importancia tal, se comprenderá que mantenga la primera persona para expresarme. No creo ser un niño, ni un amante de los niños, ni tampoco un viejo o un perverso. Tengo treinta y ocho años, gozo de una virilidad razonable, irrazonable alguna que otra vez, y me apasiono desde hace un cuarto de siglo, ya que mis descubrimientos fueron precoces, demasiado quizá, me digo a veces, por la parte más interiormente sexual de la especie humana. Para los que no saben leer, precisaré que son las mujeres a las que me refiero.

Bien. Dejemos a un lado a los vejstorios, para los cuales no escribo, y para los que no se refugian en la cálida sombra de su lencería clara los amables sexos y traseros femeninos. Descartemos también a los niños, a todo lo que sea pre-núbil y pre-púber. Me gustan los niños con locura, y ellos me corresponden casi siempre, pero soy un hombre, y para mí no se relacionan en absoluto con el erotismo ni con el amor.

Deberíamos azotarlos, al parecer. El señor Paul Robert lo sugiere, así como el Littré y el Larousse, de lo cual cabría deducir que se trata de una opinión o un uso muy extendidos. Aquí y allá en los periódicos, revistas y artículos, la cuestión, siempre aludiendo a esa asociación de la azotaina y la infancia, reaparece. Un día se trata de educación, otro de América del Norte o tal vez de los anglosajones, otro de contestación, sea lo que quiera que esa palabra signifique, e incluso de complejos, traumatismos y psicoanálisis.

Las mismas viejas historias resurgen en esas páginas: Jean-Jacques Rousseau, ya mencionado,

aquella condesa de Ségur, nacida Rostopchine, mi tío de la Colonial y el espíritu de los colegios ingleses. Pues bien, establezcamos de inmediato que no, en absoluto, nunca, en ningún caso y bajo ningún pretexto hay que pegar a los niños. ¿Por qué? En primer lugar, por falta de sitio. Sus traseros, aunque resulten muy graciosos, son aún demasiado pequeños, ya lo ven. Y después, porque duele. Pero a una mujer, a mi mujer, ¿no le duele también? Sí, pero sucede que a ella le gusta, esa es la diferencia. Volveré también sobre este punto. Lo que afirmo, de todos modos, es que no sería útil, y por lo mismo resulta odioso, hacer sufrir a un niño, a un bebé, o de semejante forma a un perro, un gato. Ellos no pudieron defenderse: es totalmente arbitrario, por tanto, pedirles que comprendan. Por lo demás, de todos modos, si en un momento cualquiera vuestro hijo os exaspera, pegadle, Siempre será mejor que odiarle. Sencillamente, por caridad, no hagáis un drama. Que él sea el primero en no ver en el hecho sino una variación un poco picante del gran rumor del mundo: es normal y legítimo que él se esfuerce en dominar, o al menos igualar ese rumor con un ruido personal más fuerte, aunque sea a expensas de los oídos y la paciencia adultos. Que la azotaina que esa ambición y esa audacia pueden atraerle al fin no sea jamás más inesperada, más egoísta, más injusta que un chaparrón de un día de abril. Por favor, no la acompañéis de la virtud. Hablad solamente, y os entenderá: un niño, incluso un bebé, es un ser humano, ¿no es cierto? No le atropelléis, sobre todo, con vuestras disculpas, vuestras excusas, todas esas razones que nunca son sino justificaciones. Supongo que cualquiera puede entender cuál es la noción de castigo, que resulta ser de una ignominia inigualada. Un ser humano

debe ser libre, lo que significa, entre otras cosas, que no debe ser humillado. Hay lluvia, igual que existe el sol, y algunos azotes pueden, en rigor, condensarse, a partir de una cierta carga, y llover también. Por experiencia sé que muchos adultos no podrán jamás bajo ningún concepto recibir de sus hijos ninguna luz, ni la más mínima educación.

Bien. O tanto peor. Pero que al menos esos adultos no compongan los doce cantos de una nueva *Ilíada*, ni erijan las columnas de una religión que no quemaría incienso sino ante el dios de su propia estupidez, de su debilidad, de una flaqueza que resulta, en fin, tanto más imperdonable cuanto que siempre se disfraza de peremitaine y croqué-fouettard.

Es a nuestras mujeres que, no siendo ya niñas, sin embargo son tan jóvenes, tan tiernas y encantadoras, y tan perversamente dulces, y tan extrañamente obstinadas, es a nuestras compañeras adorables a quienes hay que azotar. ¿Pero por qué?

Quede bien entendido, en primer lugar, que no se trata ni del frenesí nietzscheano: «Si vas a ver a una mujer, llévate el látigo», axioma característico del virgen y el impotente; ni de esas sabidurías de hormiga suspicaz: «Pega a tu mujer aunque no sepas por qué: ella sí lo sabe», cuyas pretendidas y bribonas atribuciones islámicas no ocultan demasiado que emanan, y de forma bastante directa a decir verdad, de un pueblo y una civilización de grandes patanes, hombres ruines y cornudos. Realmente, la mujer también es un ser humano. Ella también goza de un alma inmortal, y se sobreentiende que su trasero formó parte de esa vida y esa alma. De forma que, o bien no amo a las mujeres, y entonces me importa un bledo su trasero, o bien sí, y no querría rebajar y escarnecer

su alma a costa de su trasero más que castigar este a costa de aquella. Por lo tanto, no hay discriminación.

Ya he explicado que la noción misma de castigo me horroriza. Sin embargo soy puritano, porque creo que hay que escoger lo mejor, y resignarse gustosamente antes a lo mejor que a lo peor; porque soy enérgico, voluntario, voluntarista, e insatisfecho de todo excepto de un estado de felicidad. ¿Qué entonces, repito?

Ya he dicho que una azotaina dada, me resisto a la palabra administrada, que hace pensar demasiado en un medicamento, dada pues por un adulto a otro adulto, y como de mano a mano, aunque seguramente aquella no se extravía sino en la medida en que esta la conduce a su propio objetivo, ya he dicho que este tipo de azotaina puede convertirse en una ocasión a la vez de acercamiento, enseñanza y placer.

Tolstoi, hacia el final de su vida, rogaba a un hipotético dios, el cual no debía de ser, se supone, sino su propio viejo cerebro agotado por los males antiguos, sin hablar de la vergüenza personal, secreta, de ser rico, aristócrata y escritor, rogaba pues a ese cerebro divinizado que le concediera el doble don, que a la larga constituye, según parece, uno sólo, de las ideas claras y las palabras sencillas.

Yo no soy noble ni rico, pero sí bastante escritor, y como todo hombre que merece más o menos ese nombre, o aquí adjetivo, quiero a mi vez intentar ser claro, siempre más, y sencillo, jamás menos. Que mi cerebro todavía joven me permita pues rogarle, suplicarse a sí mismo observar todo lo que pueda el orden, la simplicidad, esa claridad y, ya que estoy en ello, abordar de manera sucesiva el placer, la

enseñanza y el acercamiento que dos adultos, pero sobre todo un hombre y una mujer, puedan obtener del uso de la azotaina.

Ya estamos llegando a ello. Hace años, quizá, estaba enamorado de una muchacha. Ella tenía diecisiete años, o dieciséis, o dieciocho, y yo no me enamoro todos los días. Pero ¿la amaba yo? Bien mirado, diré solamente que ella era la primera mujer en mi vida para este tipo de amor. Sus padres habían muerto los dos poco tiempo antes. La llamaré Michéle, siempre en pasado, ya que este no es su verdadero nombre. Pusimos en común unos escasos, intermitentes, azarosos recursos, alquilamos un pequeño apartamento y vivimos juntos. No sé si juntos realmente. He conocido un amor, amores, pero el amor del que hablan los otros, no estaba muy seguro entonces, y no lo he estado hasta estos últimos años, de saber si existe y lo que es. En fin, vivimos uno junto a otro. De día y de noche. Cuando Michéle se alejaba, me sentía mal. Cuando la dejaba, ella me recordaba. Cuando estábamos uno frente a otro, nuestros mismos esfuerzos por amarnos, quiero decir con un solo amor, rompían ese amor disociándolo, y los fragmentos caían en la misma lasitud amarga que la de los cuerpos que no se comprenden. Ahora bien, no puede haber discriminación. En esa época yo era violento, no con una violencia física, suponiendo aún que esta pudiera tener un sentido, sino con toda la rabia, todo el orgullo y la tozudez de esos caracteres dominantes para los cuales no ofrece discusión que el hombre crea su propia vida, y no al contrario, la vida al hombre.

Michéle, quizá dominada por primera vez, sufría por no ser un hombre. Sin embargo, me amaba. También era necesario que me admirase,

pero entonces eso la humillaba, o que me humillase, pero entonces se menospreciaba. Así, a través de los días y las noches, y todos esos días siguientes que no son sino otros días de hoy. Sin embargo, yo la amaba. Pero no llegábamos, no llegábamos nunca a puerto, a esa patria eterna que a despecho de toda pretensión romántica persisto en creer que debe ser el amor. Entre un hombre y una mujer que sin embargo se aman, que buscan desesperadamente amarse, ya que fuera uno del otro no pueden vivir, hay una situación, un tipo de relaciones si se quiere, muy corriente, me parece: una tensión de uno hacia el otro, quizá como la punta de una flecha, que al penetrar hiere, y desgarrar al retirarse. Día tras día, es cierto, noche tras noche. Y quiero repetir que el alma no es distinta del cuerpo, las sensaciones de los sentimientos. A menudo, porque ella lo deseaba de una manera oscura, fuese o no para castigarse por una falta que se atribuía, o que se dejaba atribuir, o a veces, por el contrario, involuntariamente por completo, Michéle me atacaba y me hería. Yo no quería herirla, a cambio, yo la amaba, o intentaba amarla, y siempre he odiado cualquier tipo de venganza, de rencor o de opresión. Me esforzaba por contener, hacer callar en mi una violencia congénita, o en mi caso también adquirida, a pesar de mi mismo, bajo la presión de otros ataques y otras violencias, antes de mi encuentro con Michéle y bastante antes de su amor. Me esforzaba violentamente en ser paciente. Se trata de una acrobacia absurda, como todas las acrobacias. Yo razonaba, cuestionaba y discutía, esforzándome, como todos los que están locamente enamorados, en no abandonar el terreno, durante tanto tiempo probado como sólido, de la lógica, de una lógica, del sentido común al cual finalmente vamos a

parar todos. Michéle odiaba la lógica, puesto que me amaba, porque al amarme, me odiaba o se odiaba, no siendo capaz de escapar a la espantosa alternativa, y porque si ella hubiera debido convencerse, lo habría estado antes de las palabras, las mías, las suyas, antes de toda demostración, toda prueba: he creído siempre que el amor no se prueba, y que es, como la propia existencia, una prueba en si mismo. Michéle habría debido convencerse a favor de esta pura y simple existencia; la de un sentimiento, que precede evidentemente a toda lógica, ya que es siempre la causa de la misma, y nunca puede ser el resultado. Si, ciertamente, es una espantosa situación, y es conocida, muy sabida, la obligación de alejarse, de abandonarse, en el mismo esfuerzo en que nos intentamos aproximar.

Resultaba que, o bien a fuerza de querer domesticar, encadenar mi paciencia y mi amor, de golpe se contraían como un puño o una mandíbula de metal, y me servía de él, muy a mi pesar, para, con un brusco estallido de fuerza, de luz y de una especie de helado calor, aplastar a Michéle, espantarla y hacerla callar. O bien casi la convencía, y entonces, ya lo he dicho, ella me odiaba, y se odiaba a si misma, ya que lo que yo conseguía probar de ese modo era sólo que amándome, ella no me amaba. Entonces ella intentaba herirme aún, cada vez mejor, o cada vez peor, aterrorizándome y amordazándome. O, por fin, nos asqueábamos el uno del otro, quiero decir mutuamente, y cada uno por su lado, y, uno al lado del otro, aterrados, mudos, cada uno de nosotros se contemplaba sólo a sí mismo, era como mirar al vacío, lo cual resulta imposible, y lo que había sido; y continuaba siendo mal que bien, nuestro amor, pero que se encontraba siempre,

espantosamente, allí donde nosotros no estábamos, parecía envolvernos, rodearnos como un agua muerta, corrompida, estancada, adornada aún por más fascinación, más ironía cruel, más brillantes y engañosas promesas que los espejismos en el desierto. Recuerdo que sólo pegué a Michéle algunas veces. Pero de dos entre ellas he conservado un delicioso recuerdo. Y creo que ella, al fin, me ha perdonado menos no haberla azotado antes y más a menudo, que el haber tenido un día la idea extraña, y extrañamente evidente, de atravesar nuestros antagonismos, nuestro amor propio, nuestros excesos de palabras y de silencios, lo que viene a significar nuestros pasados respectivos, el peso de cuya nada puede oprimir tanto, ver agotarse cada hora presente, tan lentamente presente mientras se desliza, rozándolos al pasar, entre los dedos que fracasan y no consiguen unirse para retenerla, atravesar, pues, todo eso, simplemente echándola sobre mis rodillas, despojándola sin una palabra del vestido de su dignidad, pero de la falsa, y de la dignidad, no menos falsa, de su vestido, y así, incluso sin estar realmente desnuda, lo que crea, cuando uno no consigue amarse, otra armadura, otra espantosa barrera, pero en seguida desnuda, de aplicar, en la brillante redondez de su pequeño trasero, y en verdad no era tan pequeño, la evidencia, tal como lo he dicho, la inminencia, la urgencia, la omnipresencia y la omnipotencia, no menos abrasadoras, de mi amor y, en la misma manifestación repentina, arbitraria, pero milagrosamente coincidente, del suyo.

Si, lo recuerdo. No vivíamos aún en el apartamento minúsculo que sólo abandonamos al perdernos. Era otro apartamento, mayor, más feo y sucio. De vez en cuando yo podía disponer de él,

y nos encontrábamos allí para amarnos, para hacernos el amor, para vernos. Quizá fuera verano entonces, porque me parece que había mucho vacío en las calles, en las casas a nuestro alrededor. No sé por qué Michéle, que enarbolaba la desnudez como una declaración de los derechos de la mujer, llevaba en esa ocasión un camisón bastante largo. Era a las dos o las tres de la mañana. Habíamos apagado, encendido y vuelto a apagar de nuevo, un número indefinido de veces —y eso correspondía, irrisoriamente, a lo que se llama el resplandor de la esperanza— la lámpara de cabecera que flanqueaba el espantoso lecho donde intentábamos amarnos y dormir.

Se puede dormir tan bien, cuando se ama y se es amado. Ciertamente, no habíamos hecho el amor. La noche era cálida, pegajosa, después fría porque se alejaba y teníamos hambre y sed de ese amor que nos huía una vez más con ella, y del sueño que rechazábamos porque está claro que para todos aquellos que no consiguen amarse, es la vigilia, los ojos abiertos, el corazón apretado pero abierto, el cuerpo plegado y helado, pero abierto, lo que representa una última oportunidad, una última posibilidad, en la cual sin embargo ya no se cree, de llegar a puerto y a la salud. Yo imaginaba, sentía sin tocarlo el cuerpo de Michéle a mi lado, como esos espejismos y ese desierto, frío, desnudo, hostil, exasperante para el hambre y la sed, decepcionante y engañoso antes incluso de haber sido experimentado, más tenso y árido que la cresta de las olas de arena que blanquean entre la noche y la luna. Me parece aún ahora, aunque no estoy seguro de que fuese con palabras, que Michéle me preguntó, todas las mujeres lo preguntan siempre cuando aman así a un hombre, lo que pensaba hacer —si hubiese hablado, habría

debido añadir: ahora—, y que yo dije, como si hubiera pensado largo tiempo en ello, pero de cierta manera era así, he explicado ya hasta qué punto los traseros femeninos, por otra parte no tan pequeños en realidad, aunque no me gusta que sean muy gruesos, me han atormentado siempre de forma maravillosa, yo me dije, pues, que no me venía o no me quedaba ya sino una idea, un deseo. Aún puedo hacer una cosa, dije. Y ciertamente, a pesar de la cálida impaciencia que me invadió al mismo tiempo que la idea y el deseo, no pensé demasiado en bromear, ni en reír. Yo amaba o deseaba amar a Michéle, eso podía ser alegre, pero no risible. Y entonces todo se hizo, por unos instantes al menos, tan caluroso y fácil, tan sencillo, Michéle, en la cama, se encontraba a mi derecha, y me acuerdo de que la oscuridad era bastante espesa aún, o que yo estaba demasiado fatigado para vislumbrar su cuerpo de forma precisa. Pero yo sabía dónde estaba, y quién era. La amaba. Deslicé el brazo derecho bajo la cintura de Michéle y la levanté, incorporándola al mismo tiempo, atrayéndola hacia mí y curvándola más sobre mi vientre y a través de mis muslos que en mis rodillas, como había dicho antes. Ignorando lo que yo iba a hacer, Michéle se prestaba, sin embargo, a lo que yo pedía o sugería de esa forma, y suponiendo que no hubiera tenido otras razones para amarla, sé que lo haría ahora por esa obediencia: no porque desee ordenar ni mucho menos aún avasallar, sino porque ella no era sino una confianza persistente, un deseo no menos absoluto y loco que el mío de plegarse a todas las tentativas, las más imprevisibles, quizá las más irritantes, que podían darnos aún esa oportunidad, esa posibilidad, un puro pretexto o una simple ocasión de unirnos, de aproximarnos y

conocernos, de amarnos en definitiva como ya, sin conseguir acercarnos, comprendernos y unirnos, nos amábamos. Entonces remangué casi hasta la cintura el largo camisón de Michéle con su pequeño trasero desnudo, inocente y ofrecido en la semioscuridad, y me apliqué a darle una sonora azotaina. Primero inseguro respecto al grado de fuerza, el ritmo mismo que debía observar: tal como lo he expuesto, nunca había golpeado ni a una mujer, ni a un niño, ni tampoco a un animal. Después, rápidamente, llevado por la fuerza y el ritmo, sin tener que calcularlos; por una especie de respiración que les es propia, como puede ser el caso del placer físico y del amor. Por lo demás, como ese amor y ese placer, una azotaina que uno da se revela siempre muy diferente, a la vez curiosamente irreductible y no superponible, de aquella que uno ha imaginado, o incluso que uno ha decidido, de manera consciente y deliberada, propinar. Realmente, aún ahora no sé cuál es la más bella, mientras que sí sé para el amor: el más bello es el que se hace.

De aquella noche recuerdo el flujo demasiado brusco, demasiado violento de sensaciones y de emociones, incluso cuando hube descubierto la respiración de que hablaba. Pensaba en la impotencia voluntaria y querida de Michéle, en su desnudez, en su calor y, al mismo tiempo, en mi brutalidad. Me parece que podría decir que una ternura y un amor salvajes, jadeantes, turbadores, me oprimieron en seguida, como bajo una profunda y vasta capa de calma, incluso de serenidad. Vivía de forma inmediata ese amor y esa ternura y, en el mismo instante, en el mismo segundo, tenía el presentimiento y el adorable recuerdo. Eran como lagos de infinita frescura que espejean en un rayo de sol. No he sabido nunca en

qué momento comprendió Michéle que le estaba dando y que estaba recibiendo una azotaina. Sin duda el primer golpe le dolió al principio, pero estaba sorprendida aún. Su pequeño trasero pareció contraerse de manera instintiva, y quizá emitió un breve grito ahogado. Antes de haber podido reflexionar, continué golpeándola, y entonces fue muy satisfactorio, porque Michéle y el cuerpo de Michéle reconocieron la azotaina y, habiéndola reconocido, la admitieron, su trasero se entregó verdaderamente, se abrió, él también, al parecer, muy tranquilo bajo la ardiente ráfaga. Aproveché ese acuerdo para prolongar la azotaina. En lo que a mi respecta, fue en ese momento cuando comprendí que la azotaina era para Michéle útil y bienhechora y, casi seguramente satisfactoria. Después, de nuevo el sufrimiento o la quemazón la ganaron, y Michéle se agitó. Su pequeño trasero se apretaba, se tensaba y se abría a cada golpe, como en una involuntaria e inconsciente tentativa de apartarse, de escapar. También fue en ese momento cuando estuvo tentado de parar. Pero, de manera paradójica, creí que era una prueba no sólo de debilidad, sino de egoísmo, como si yo no hubiera hecho sino sustituir, y casi para mi solo, otro placer por aquel que nos huía. Quizá se pueda encontrar ahí esa faceta bastante puritana, apasionada y buscadora de moral, aunque seguramente nada represiva, ni para los otros ni para mí: moralizante más que moralizadora. Azoté pues aún durante unos instantes más a Michéle, con más energía si cabe, haciéndola ondular, suspirar, y después comenzar a retorcerse un poco y levantar por última vez su encantador trasero, y dejarlo reposar decididamente, reposar, todo abierto y cálido, pero siempre como sumergido en una especie de

frescor, en el momento mismo en que yo por mi parte la golpeaba por última vez, y después cesé.

Me parece que casi en seguida uno de los dos encendió la luz de nuevo. A los dos nos bastaba con alargar el brazo. Sin embargo, debí de ser yo, porque experimentaba un deseo apasionado de ver a Michéle y su trasero. Desearía que esa curiosidad no evocase ninguna dialéctica del verdugo y la víctima. Pero me gustaría decir que el gracioso y turbador trasero de Michéle estaba casi completamente escarlata, ella tenía por naturaleza una piel tostada o dorada y mate, y decir también que Michéle se prestó a ese examen, vergonzoso y feliz, muy ávido, con una complacencia que sugería por su parte sin lugar a dudas la satisfacción y una especie de orgullo. Era yo quien habla abierto y vencido el aislamiento, el estrechamiento y replegamiento ostentoso, lleno en definitiva de arrogancia y de menosprecio, de suficiencia y de falsa inocencia, de su trasero. No menos cierto que era ella quien había querido que esto fuese así. Ella había dispuesto de mi mientras yo disponía de ella, e inversamente o consecuentemente hasta el infinito, lo que se puede considerar como una de las características propias del amor. Rocé apenas la carne como florida de enrojecimiento, con la textura tan deliciosamente gruesa ahora, usé con voluptuosidad su relajación para sumergir el dedo, tan profundamente como pude, en lo que constituía según toda evidencia una invitación y un alojamiento naturales para él, lo saqué, me incliné a fin de presionar con mis labios en su lugar y pregunté a Michéle si le había hecho daño. Ella dijo que sí, con un tono cuya modestia sugería también de forma irresistible el orgullo y un placer, una felicidad incluso, sordas y salvajes. No

tuve más que esbozar el gesto de volver y enderezar a Michéle. Lo hizo ella por si misma, con una extraña impetuosidad, casi sin tomarse el tiempo necesario o pareciendo no preocuparse de llevar hasta las rodillas o los tobillos el camisón que yo había levantado, olvido o indiferencia por el cual la amé y la deseé aún más intensamente. Michéle me rodeó el cuello con sus brazos y hundió su cara en el hueco de mi hombro estrechándome, visiblemente con todas sus fuerzas. Pero, en el fondo de mi mismo, sin saberlo incluso quizá, debía yo de temer perder el beneficio, el uso inmediato y sucesivo de la azotaina que acababa de darle, del relajamiento delicioso que aquella acababa de imponer a su carne más secreta y, al mismo tiempo, a una parte de su voluntad, sin duda la menos controlada, y de su espíritu. Nos dimos la vuelta rápidamente, ahora ya echados, Michéle a mi lado y un poco debajo de mí. Como la carne profunda, íntima, interna de su trasero, la de su sexo, su textura y su pulpa misma eran infinitamente dulces, húmedas y sin embargo punzantes y ardientes. Un instante muy breve, pero dilatado, de una manera casi insoportable desde el interior, si se puede decir así, mis dedos como dotados de golpe de una conciencia dilatada y autónoma jugaron por allí, y verdaderamente era un juego para morir sin aliento y de alegría total, encontrada de frente como un lobo en un rincón del bosque, y después introduje mi propio sexo hasta la guarda que no guardábamos ni él ni yo, ni tampoco Michéle, espero, como uno elegiría por un exceso de placer extraño sumergirse entero en la lava exquisita, exquisitamente torturante de un volcán.

Más adelante durante la noche, Michéle me dijo que si cualquier otro ser humano hubiera

simplemente esbozado el gesto o anunciado la intención de golpearla, de cualquier forma que hubiera sido, ella le hubiera antes arañado la cara y arrancado los ojos. Entonces, claro, le pregunté que por qué no a mí, y sin duda era menos por curiosidad que por el placer, gratuito si se quiere, como todos los placeres, pero no existe nada más necesario, de oír una respuesta que creía conocer ya muy bien. Y Michéle dijo, en efecto, que ella me amaba, y que le era por tanto lícito preferir someterse, intentar que le gustase eso también. Estoy seguro de que ella utilizó la palabra sumisión y, por vanidad masculina, me halagó. Yo pienso también que un amor, que todo amor precede al amor propio con mucho, mal que le pese a una escuela extendida, a través de las épocas y las modas, de moralistas y pretendidos, o así llamados, analistas del corazón franceses.

Michéle, su capacidad de hablar, de hablarme suelta y suavizada al mismo tiempo que su cuerpo, lo que prueba una vez más que este arrastra al alma, al mismo tiempo que esta lo arrastra a él, Michéle me dijo también que, en todo caso, valía mil veces más una azotaina como aquella que acababa de darle que las discusiones desagradables y estériles, y que los aterradores silencios donde, hasta ahora, se había hundido cada una de las innumerables tentativas de resolver, o simplemente de conciliar nuestras desavenencias, nuestras diferencias.

Tengo razones para creer que después de aquellas pocas palabras concebí la primera idea de la especie de teoría, racionalización y sistematización de este elogio que estoy escribiendo.

Sin embargo, ya lo he dicho antes, no azoté a Michéle muchas veces. Mi propio amor, ya falto de

una sustancia que ella fracasaba en proporcionarle, no me afectaba más que a mi solo, y, de esta forma, no era en realidad un amor, lo que, además, debía significar ineluctablemente que no lo había sido jamás. Ciertamente, recuerdo solamente otra azotaina que me pareció encantadora y quizá una o dos más que no lo fueron, y no podían serlo ya.

Fue junto al mar, allí, en Bretaña, en una villa que compartíamos por unos días, o mejor aún unas noches, con otras personas. La presencia de estas creaba un obstáculo suplementario entre Michéle y yo; no podíamos ni amarnos ni, en caso de necesidad, y qué espantosa necesidad, perseguirnos a gusto. Yo tenía un coche en aquella época, lo había comprado por Michéle, y cuando Michéle se fue, el coche acabó de arruinarme. Realmente, todo aquello podría o debería divertirme.

Pero no importa. Me parece que Michéle había tomado prestado el coche, mientras yo dormía aún, para ir a montar a caballo. Cuando volvió, los otros ocupantes de la villa remoloneaban por allí. Yo mismo remoloneaba también, lentamente, como todas las mañanas de mi vida. Además, esa gente me aburría y me cansaba. Michéle, he olvidado la ocasión, el pretexto, empezó a refunfuñar desde que volvió. El coche se le había resistido, y quizá también el caballo. Se tumbó, estaba cansada. Debíamos compartir el desayuno de nuestros exasperantes coinquilinos, y por supuesto en el último momento Michéle decidió rehusar. Pero no hay último momento, o es ya demasiado tarde, entre un hombre y una mujer que se aman todavía, pero que ya se aman mal. En lo que a mi concierne, me sucede que dispongo de la paciencia extravagante de los impacientes.

Durante un largo rato anduve de un lado a otro entre la mesa, donde multiplicaba las excusas, y la cama, donde Michéle, a quien soportaba, se ingeniaba por su lado para hacerme multiplicar las súplicas. Poco a poco me entraron ganas de darle unos azotes y de reírme a carcajadas. Michéle me había amado durante bastante tiempo, y me amaba aún bastante, para adivinar rápidamente ese deseo. Crispó pues sus rasgos más que nunca, tenía una frente bella y oscura, ensombreció también su mirada, y se esforzó en hacer todavía más intolerable su actitud. Incluso consiguió hacerme reír, en efecto, cuando se dignó, con una mueca desdeñosa, aceptar el único plato que nuestro altercado me permitió probar, y del cual me privaba por amor a ella, haciéndoseme la boca agua.

Por fin pude abandonar la mesa de una maldita vez, harto de esperar, con el sentimiento excitante y sofocante de ser un condensador a punto de cargarse hasta estallar de electricidad, el momento en el cual aquellos que no puedo designar sino como los «terceros» se decidieran a abandonar la villa. Entre Michéle y yo, mientras yo iba y venía por la habitación, salía y entraba, y por su parte los susodichos terceros iban y venían, recogiendo balones y trajes de baño, la tensión fue pareciéndose cada vez más a un campo magnético tan intenso, tan denso, que hubiera podido dibujar la forma de un enorme imán, o incluso de un arco de triunfo abovedado por encima de la palabra azotaina. Al final no fui capaz de abandonar más la habitación y me quedé delante de una ventana, dándole la espalda a Michéle y golpeando el cristal con los dedos a un ritmo de locura y de fiebre. La puerta que se cerró tras el último de los terceros me pareció, y estoy seguro de que le pareció

también a Michéle, abrirse al mismo tiempo sobre todos los castillos del alma. Giré sobre mí mismo como el propio monstruo de Frankenstein y, mientras avanzaba hacia la cama, se desencadenó a cada uno de mis pasos el murmullo de mil fuentes y el suave piar de mil aves del paraíso. Sobre el rostro delgado de Michéle pasó una extraña sonrisa. Hoy pienso que era el mismo signo del combate, en su corazón y en su espíritu, entre el poder y el deseo de amar y los de odiar. También el de la lucha tenebrosa entre el alma y el cuerpo, cuando otros combates, de los cuales uno mismo no ha podido ser nunca otra cosa que la víctima, los han desconcertado y separado, quizá para siempre. Sin embargo, esa sonrisa contenida, impotente, y como consumida de sarcasmo, anunciaba, ya me había dado cuenta yo, en los labios y los ojos de Michéle, que ella se inclinaba en ese momento del lado del amor, y al siguiente del lado de la esperanza, y que su cuerpo por así decir se contraía alrededor de su alma, no como en el mito judeocristiano para agotaría y matarla, sino por el contrario para hacerla palpar locamente de vida, hacerle vomitar sus dudas, sus temores, sus reservas y sus tinieblas. Puedo volver a ver a Michéle toda entera sin esfuerzo. Llevaba un jersey de lana fina, muy ceñido, de manga corta y de un color intermedio entre el lapislázuli y el esmeralda, y un pantalón claro, de un color crema apenas rosado, con una raya de un marrón sólo un poco más oscuro, tabaco u óxido, que trazaba una especie de rejilla a grandes cuadros. No he sabido nunca por que esa ropa evocaba para mí la palabra o la imagen, la idea más bien de una pastelería, mezcla indecisa e imprecisa de sorbete y de tarta a la italiana. Con la sonrisa visiblemente crispada en una comisura de los labios, y sin

embargo no menos evidentemente feliz, Michéle desabrochó el único botón de su amado pantalón y bajó la cremallera, y sin que yo le dijese una palabra, se volvió sobre el vientre, y preguntó con una voz al mismo tiempo ahogada y alegre, o quizá debería decir satisfecha de estar resignada, si estaba bien así. Abrí la boca para decir que no, después me senté en el borde de la cama, tomé a Michéle bajo una axila y, sin mirarme ni levantar la cabeza, ella misma me ayudó a instalarla de cara a través de mis muslos y mis rodillas. En esta posición, su pequeño trasero, de una esfericidad maravillosa, sobresalía de manera inolvidable, armonioso y provocador. Guardé al pantalón de Michéle un agradecimiento infinito por ser, con su delgada tela de lana, tan ajustado que el movimiento mismo de deslizamiento, de reptación cuando vino a colocarse encima de mí no lo bajó. Así pude hacerlo bajar yo mismo sobre sus muslos dorados y redondos. Yo amé aún más a Michéle, o la deseé aún más y le estuve aún más agradecido cuando vi que llevaba bajo el pantalón la braguita que yo prefería de entre las suyas. Un slip, más bien, según la terminología actual, de una tela blanca lisa y suave, ligeramente elástica, que subía a lo largo del hueco estrecho y profundo, apretado sobre su calor y su sombra, entre las nalgas, y que contenía con exactitud el peso, la forma y el volumen propios, para mí más justos que la belleza misma de un acantilado o del mar, de su delicioso trasero. Claro, estas descripciones, estas enumeraciones, son lentas, tienen que serlo. Al bajar a su vez la braguita minúscula, me pareció que levantaba, con el exquisito sufrimiento de que antes hablaba, una piel, como de bulbo, de mi propio corazón. Quiero puntualizar que no hablo de mi sexo, que ya se desvestía sin mí. En ese

momento veía el trasero de Michéle verdaderamente, ella, a quien había desnudado y visto desnuda miles de veces, porque al mismo tiempo lo descubría y lo engastaba, lo resaltaba como el ópalo de una sortija. Nunca, lo sé, había podido ser tan puro y brillante, tan sedoso, tan carnoso y duro y, en resumidas cuentas, tan femenino y tierno. Nunca más volví a dar a Michéle una azotaina tan deslumbrante, quiero decir para ella y para mí. Me parecía que no iba a detenerme jamás, y el trasero de Michéle no se privó de desear que no me detuviese jamás. Al final habla tomado el color vivo, aterciopelado y ardiente de una frambuesa al sol. Aún siento esa azotaina en mi mano. Entonces, durante algunos momentos, y después durante algunos días que siguieron Y en los cuales se extendieron aquellos, Michéle y yo fuimos felices.

No recuerdo tan bien sino otra ocasión. Pero en esta Michéle estaba desnuda, sucedió en un momento, diferido varias veces en algunos minutos por su necesidad, cuando no su explícita determinación de hacer el amor, y creo que ella me había pedido que le diera una azotaina, esperando que desencadenaría lo que los médicos llaman, me parece, una contracción. Obedecí a disgusto, y me detuve casi en seguida porque Michéle, más nerviosa de lo que quería o podía reconocer, se puso a lanzar unos gritos discordantes y teatrales. La rebelión del alma y el espíritu contra el cuerpo, el odio y todo lo que este puede tener de más amargo, de más negativo en la ironía, la dominaban, y yo sentía también el deseo a la vez de hacer daño a Michéle, quiero decir un daño gratuito, arbitrario e inútil, y por tanto inexcusable, y de saciar de alguna manera un rencor, de vengarme de ella, es decir,

precisamente de castigarla, mientras que yo odio la sola idea de castigo, y que incluso en esa época quería todavía con pasión amar a Michéle, incluso aunque ya me encontraba absolutamente incapaz de amarla con pasión, y así, ya lo he dicho, demostraba que nunca la había amado, de manera que no tenía ni el derecho, ni el deseo, de golpearla, aunque fuera con su propio consentimiento, y no lo volví a hacer más, ni ese día ni ninguno de los que nos quedaron.

Aquí tenemos, pues, estos datos autobiográficos dispersos testimoniando menos, por mi parte, la convicción o el deseo de aportar a la ciencia o al simple conocimiento de la vida de mis contemporáneos la menor luz que una impotencia real de fundar una teoría, cualquiera que esta sea, aun la más reducida o incluso la más benigna, sobre otra cosa que una experiencia personal, a la vez inmediata y, como se dice hoy en día, concreta.

Y amé y conocí a Michéle entre los veinte y los treinta años. Cuando nos separamos, durante la larga deriva y los encuentros casi siempre breves que me han llevado, ya que incluso mi furioso voluntarismo se esfuerza siempre en no exagerar, hasta los años actuales, renuncié a azotar a cualquier otra persona, igual que había renunciado a azotar a Michéle. Pero, realmente, ¡cómo me exaspera la palabra renuncia! Yo diría, pues, que me alimenté, en ese punto preciso al menos, de sensaciones pasadas, y no de acciones inmediatas. Se supone que es de esta forma como se elaboran muchas teorías y sistemas. Después de todo, incluso los bulbos, de los que hablaba antes, pero en el seno de nuestra madre tierra, sólo se espesan capa a capa, y no se siembran más que una vez. Con esta larga mirada retrospectiva que, cada día,

y como a la fuerza, se alargaba y se ensanchaba, pude abrazar poco a poco toda la extensión de mis conocimientos, una experiencia y una luz al mismo tiempo, de la azotaina. Comprendí que cada vez que había aplicado una a Michéle, habíamos sido más felices, al momento y después. Era por lo tanto en la azotaina misma, fuese esta un punto de partida, un pretexto, un sustituto provisional o un catalizador, en donde residía el secreto.

¿Qué había pues, fuera de ella, que nos impedía ser felices? No es mi propósito aquí explicar la historia de Michéle, o la mía, o incluso la de Michéle y mía. Ya lo he hecho parcialmente y eso basta, por otra parte. Pero de todos modos aquello se podría deber a un buen número de causas sabidas pero, por otro lado, bastante mal conocidas que incomodan a los hombres y las mujeres en el interior asfixiante, porque sujeta, y mágico, porque obligado y querido, de una vida en común. Nosotros diferíamos, divergíamos. La gran ley, antes incluso del concepto mismo de matrimonio, y que arruina, al fin, tantos matrimonios, es que no se sabe tener una coexistencia pacífica. Habría que empezar por ahí, y sólo sabemos acabar ahí. A eso se deben tantas heridas y tantos golpes, como para aquellos que se obstinan en confundir las avenidas con los callejones sin salida.

Pero no hablaré más de matrimonio. Resulta que amo a una mujer, la mía y que le doy, y ella me reclama, más de una azotaina; o ella reclama y yo le doy más de una azotaina, y la amo.

Cualesquiera que sean, sin embargo, hay divergencias y diferencias. Y sea cual fuera su origen, sus motivos y sus causas profundas o circunstanciales, se podría decir que se

manifiestan siempre por una incomprensión, a menudo caracterizada a su vez por una parálisis de los medios, de los modos de ser o de hacer que deberían servir para superarla. Pero quizá estoy siendo demasiado abstracto. Bien. Digamos que mi mujer y yo esperamos y recibimos a algunos amigos. Esta noche, son más suyos que míos, pero no importa. Puedo amar también a sus amigos, o incluso ser capaz de prestarles mi atención, o en último lugar, al menos, mostrarme cortés. Aquí están. Una joven que he visto dos o tres veces, soltera, que encuentro ciertamente encantadora, pero cuya belleza, muy alabada, no me conmueve. Después, una pareja que tiene casi la misma edad que esa joven, y que mi propia mujer, por otra parte. Se trata de un arquitecto, y ella tiene algo que ver con la decoración. Es menuda, algo que siempre me atrae, arrugada, con una de esas caritas un poco infantiles que a los treinta parece que tengan cuarenta. Es alocada, más bien atractiva, bastante indiscreta. No les he visto a ella ni a su marido sino otra vez. Charlaremos, comeremos, volveremos a charlar y me dirigiré tanto al hombre como a las dos mujeres, sin contar la mía. De las dos primeras, hablaré quizá un poco más con la que está casada, porque ella misma habla más. Sin embargo, he corrido una larga vida muy curtida, y lenta, de hombre solo, antes de amar a mi mujer, y puedo sentir que la de ese otro hombre, que parece carecer más o menos de una cualidad intermedia entre la energía y la virilidad, me tiene envidia, una envidia ligeramente histérica, tal como decía la medicina grosera de la Sal petriére, en los tiempos del doctor Charcot. Como precisamente yo amo a mi mujer, que es celosa o posesiva hasta el exceso, y me ha seguido una tenaz y abusiva reputación de hombre de

muchas mujeres hasta el encuentro con ella, y me cubre como una cochambrosa bata de casa, y, en fin, ella me ha contado en diferentes ocasiones cuatro cosas sobre la joven energúmena con la que estoy tratando ahora mismo, me libraré mucho de desplegar la menor pluma de mi bella cola de pavo real de domingo, por el contrario, me controlo de manera pertinaz, escrupulosa, casi maniática. Observemos de paso que es bastante cansado, un poquito humillante. Pero no importa. Esa joven exclamará bruscamente y sin venir a cuento, unos minutos después, no sé que, viene a significar que soy un hombre notable. No debemos decirnos que, bien mirado, no es nada. En el breve silencio que sigue, intento reír y proporcionar un tema de conversación diferente; la más soltera de mis dos invitadas ríe también y vuelve al mismo tema de una manera un poco forzada, pero así es su costumbre, el arquitecto, sin levantar el tono de voz sonrío y pregunta a su mujer qué ha querido decir, ella responde que no quiere responder, él insiste suavemente, ella se obstina, mi propia mujer, en el mismo instante en que finge reír y exclamar a su vez, palidece de forma visible, me echa de reojo una mirada asesina, demasiado rencorosa para ser honrada, y, en los segundos que siguen, se levanta del sitio donde estaba sentada, va a sentarse ostentosamente frente a mí, lo más lejos de mí que le permite la habitación, y no deja, de minuto en minuto, y después de hora en hora, mientras yo me debato como un pez, tímido, gentil, en una red de mallas transparentes, de fusilarme con miradas parecidas a la primera, lo único es que cada vez son más rencorosas, y cada vez más dolorosas. El resto de la velada se puede imaginar: creo que es fácil.

Pero esa gente se va, por fin. ¿He dicho que ese

día había tenido mucho trabajo? ¿He dicho que habría pasado muy a gusto sin esa cena? ¿Qué sólo la había aceptado, aunque sin hacerme de rogar, pues lo encuentro completamente odioso, porque se trataba de amigos de mi mujer? Pero ya se han ido. Deberían bastar algunas palabras, porque mi mujer y yo nos amamos. Nada de eso.

Hace falta en primer lugar un discurso bastante fluvial que pasa por los puntos siguientes: de verdad, no soy culpable de nada. En contrapartida, esa joven es la más desagradable, la más perversa y la más guarra de todas las criaturas que nunca han cargado la faz de la tierra con su peso inútil. Sin embargo, y mirándolo bien, de tales jóvenes se puede decir que lo son en la medida en que una cierta variedad de hombres les da aliento y licencia para convertirse en ello poco a poco. Todo esto, además, no sin recordar más de un detalle que más de una persona, y yo el primero, en ciertos momentos de confianza, algunos meses o años antes, proporcionamos sobre mí mismo. Esa misma noche, el retrato que esos detalles dibujan pese a todo, y mejor aún al mirarlo, se revela muy aparente, y sobre todo muy parecido. No hay humo sin fuego, ni retrato sin modelo. No hablé, cada vez eso es más cierto, sino con esa joven desgraciada, y se supone que ella no habría dicho nunca lo que ha dicho si yo no hubiera dicho lo que dije, y callado lo que yo callé insidiosamente. No se podía dudar por mucho tiempo, ni por un instante siquiera, después de eso, de que soy absoluta y totalmente culpable, con una evidente tendencia, que por otra parte se agrava continuamente, y no podría dejar de agravarse, considerando que soy y siempre he sido, y que seré siempre por tanto de ese tipo de hombres al que pertenecen los individuos a la vez

más desagradables, depravados y en fin, los menos perdonables que hayan pisado nunca la sonriente faz de la tierra. Y siendo así, qué harías tú, tú que te ríes, en el lugar de mi mujer, sino, en caso de que hubierais estado casados antes otra vez, invocar a vuestros antiguos conocidos, algunos amigos más cercanos que yo y, en medio de la noche, ponerlos el primer abrigo que encontraseis y salir, preferentemente a uno de esos barrios donde las mujeres jóvenes solas suelen enarbolar un menú y una tarifa.

¿Y yo, qué debía hacer yo? Pues dos o tres cosas. Precipitarme a la búsqueda de mi mujer, o no hacerlo. Queda claro que tanto en uno como en otro caso yo demostraría así mi culpabilidad, mi vergüenza, un ridículo acceso de remordimiento. De todos modos, el discurso acusador, que mancha, universal, se volverá a emprender, durará quizá toda la noche, después otro día, en el transcurso del cual mi mujer y yo, incluso y sobre todo en los abismos desérticos de silencio entre las palabras, no haremos el amor; después quizá aún una noche más, y así sucesivamente. Claro que todo eso tendrá un final, pero la vida también tiene uno, y también el agua de un vaso, y la fuente viva del amor. Es demasiado evidente para mí que esas palabras de desprecio y odio, incluso aunque se destruyan a sí mismas, como los escorpiones, no dejan las cosas tal como eran antes de haberlas dicho: ni quien las dice, ni aquel a quien se dicen; ni quien calla, ni quien hace callar. Si no el aguijón de los escorpiones, las pinzas de ciertos crustáceos gruesos pueden realizar esa función. Quiero creer que esto es igual para los hombres que para las mujeres. No estoy demasiado convencido en lo que respecta a su corazón y su amor.

Así, deseo no tener nunca que lanzarme, o no lanzarme, a la persecución de mi propia mujer. Lo que pasa es que no me importan en absoluto las demás mujeres, sólo ella. Lo que pasa es que ella me importa muchísimo, lo que hace, lo que dice. Por otra parte, no debería ser menos evidente que nosotros no podemos ni parecemos, ni entendernos o comprendernos como lo más natural: este mundo humano nuestro no está tan bien dispuesto. Por tanto, yo no quiero que ella abra la puerta para huir en medio de la noche, y no quiero tener que perseguiría o no perseguiría porque ella haya hablado demasiado y yo no haya hablado lo suficiente, o al contrario. Quiero que nos amemos lo bastante para saber que no podemos esperarnos ni entendernos ni comprendernos siempre. Sócrates, según creo, decía ya que uno puede saber por lo menos que no sabe nada. De mi mujer y yo, el más paciente soy yo. Ignoro por qué y, de todos modos, no es ninguna virtud. Quizá solamente sea que tengo unos años más, desconfío más de las palabras porque soy escritor, dudo que se alimenten de mí ni siquiera un poquito más que yo de ellas, he llevado una vida más complicada, más atravesada y menos llana. Lo que yo deseo realmente es que mi mujer me ame siempre, y yo a ella. Lo que rechazo es que nos dispersemos y extenuemos prematuramente, inútilmente, este amor y nuestra vida en palabras, en tontas peleas, en caprichos, y después en hastíos, abandonos y odios. Sería como intentar sacar agua limpia con las manos sucias. Incluso si mi mujer tiene, por una vez, por esta vez, la idea de dirigirse hacia la puerta, no quiero que la traspase. Después será tarde. Quiero usar mi paciencia, después de todo es un capital, pero yo no voy a ahorrarlo, y dejar un poco a mi mujer

agotar sus nervios, su inquietud, esa especie de negatividad, de contracorriente que, más o menos, todos ocultamos. Incluso aunque me canse, eso tiende también a acorralar poco a poco mi propia negatividad, otro nerviosismo y otra inquietud. Lo que importa es que yo ame a mi mujer y ella me ame a mí sin que jamás ninguno de los dos rompa el anillo encantado de ese amor. En un momento u otro, mi mujer se callará para tomar aliento. Con tal de que eso no suceda demasiado tarde... Pero muy a menudo es pronto cuando se habla deprisa y mucho. Después, se puede también dejar de callar para tomar aliento.

Por tanto nosotros tendremos nuestro propio juego, en el cual los terceros sólo tienen el papel del más fútil de los pretextos, en el interior excitante de nuestro amor.

Preguntaré a mi mujer si, por casualidad, no es de mi opinión, aunque le parezca extraña: que una azotaina le haría mucho bien. Ella se enfadará, hará muchos aspavientos porque en ese mismo instante me odia: quiero decir, casi me odia. Pero estamos jugando, la azotaina es la convención. Por otra parte, ¿qué es entonces nuestro amor, en sí mismo? Soy, como ya he dicho, de los que creen que son las convenciones, y no las irresponsabilidades, las que tienen un carácter sagrado para las criaturas humanas. Instalaré pues al ratoncito de mi mujer de cara sobre mis rodillas, la desnudaré rápidamente, y le aplicaré la más viva, la más arrebatadora azotaina que mi ánimo, a medio camino entre la felicidad y Ja pena, me permita propinarle.

No olvido, ciertamente, que he hablado de acercamiento, enseñanza y placer. Me inclino a creer que esos tres puntos están bastante claros, o suficientemente implícitos en el extracto de

crónica matrimonial con el cual acabo de gratificar a mis lectores. El placer que se puede experimentar al dar una azotaina a la mujer que uno ama, digamos que salta a la vista. En contrapartida, debería quizá insistir en lo que debe ser para ella, y que debe ver solamente ella.

El acercamiento, en efecto, cuando yo la golpeo, entre la mujer que amo y yo, y la enseñanza que ella y yo podemos extraer de esas azotainas, dependen esencialmente del placer que ella pueda encontrar: dependen, en otros términos, de su consentimiento.

Repetiré aquí que la idea de violencia, como a muchos seres humanos bastante seguros de su fuerza, y hablo de fuerza de carácter o de espíritu, más que de vigor físico, me es indeciblemente odiosa. Entiendo por ello toda la violencia que alguien pretendiera ejercer sobre mí, por una parte, y no menos inversamente, la que yo podría ejercer a expensas de otros. Se puede argüir que aquí se trata más bien de lo contrario, pero no importa.

Puedo, en un movimiento de ira, golpear o estrangular un poco a un hombre que parezca ser de una fuerza al menos igual a la mía. No podría pegar a uno más débil, y mucho menos aún, se entiende, a una mujer, a un niño o a un animal más pequeño que un elefante o una serpiente de cascabel. Con eso está dicho todo. Y sin embargo, entre el hombre y la mujer que se aman, mantengo que la azotaina alimenta la fuente milagrosa. ¿Por qué? Porque ellos, al amarse, han sobrepasado esas nociones, elementales y profundamente contradictorias con el sentido mismo del amor, de debilidad y fuerza, de defensa y de agresión: sólo más allá de estas puede ese amor, realmente, no solamente florecer, sino también dudar,

desgarrarse hasta destruirse, ya que lo que busca es definirse o confirmarse. Todo hombre que, amando a una mujer, ha podido dejarse arrastrar a una discusión, a una disputa penosa con ella, y toda mujer que lo ha hecho con un hombre, saben hasta qué punto la mayor parte de esas disputas y discusiones son vanas: su amor está siempre en otra parte.

Pero no tan lejos de ellas, sin embargo, que su vanidad, el vacío que llama al vacío, no consiga poco a poco, más o menos deprisa, chuparle la savia, la fuerza, algo de su belleza luminosa, su integridad, su pureza; en fin, casi extenuarla. Pues bien, es como si una azotaina, a condición solamente de ser admitida por las dos partes, tuviera el privilegio maravilloso de mantenerse siempre sobre el terreno del amor. Y no se trata de un juego de palabras. Quiero decir realmente que la azotaina tiene el mágico privilegio de convertirse en un gesto de amor, exorcizando lo que, en el amor, porque los hombres son hombres y las mujeres diferentes, reside y residirá quizá siempre de violento, de hostil, de desigual, de divergente y agresivo.

Seguramente entre todas las palabras, con su peligroso poder de abstracción, la azotaina permite construir un acuerdo, permanecer unidos, por tanto, y acercarse aún más a partir incluso de esa agresividad, de esa hostilidad soterrada, de esas obligadas divergencias, de esa violencia, en fin, que no me extrañaría que fuese uno de los resortes más potentes del amor. Puedo odiar muchas palabras, y quizá a quienes las dicen. Pero ¿quién podría odiar a un trasero tan bello en su desnudez? ¿No es verdad que son bellos cuando están desnudos, y han elegido estarlo? No querría, en esta parte de mi elogio, sino responder a una

pregunta; ¿en qué reposa la certeza, o esa aparente certeza, de que debería ser siempre un hombre quién pudiera dar una azotaina a una mujer, y no al contrario?

Diré en seguida y sin el menor empacho, en lo que a mí concierne, y sin recordar, ni ahora ni nunca, la sombra pícara y genial de Jean-Jacques Rousseau, que tal certeza no reposa sobre nada porque no es tal. Todo lo más, también ahí, se trata de una convención. El hombre, en nuestra sociedad, representa la fuerza física, como la mujer, por ejemplo, una vulgar dulzura del amor. Por lo tanto es él quien la azota a ella. Una convención de este género tiene bastante antigüedad y por lo tanto autoridad como para no poder, en un momento dado de la historia, e incluso en un espíritu liberado de todas las sujeciones a las modas, disociar fácilmente de sentimientos como el de la dignidad personal, quiero decir la mía y la de los otros y, como consecuencia, de los del ridículo y la humillación. Quiero decir también que muchas mujeres encontrarían a la vez ridículo y humillante golpear a un hombre, más que ser golpeadas por él, y que aquel, en la misma situación, se sentiría más gravemente herido en lo que acostumbra a llamar su dignidad que muchas mujeres en su situación. Lo cual vendría a alterar o destruir un equilibrio, en lugar de encontrarlo o reforzarlo.

Pero quiero repetir que para mí, todo esto obedece a un orden muy convencional, y a ese tipo de convenciones que no está probado que se apoyen a la vez en razones imperiosas del espíritu y del corazón, más que en simples costumbres, con todo lo que estas últimas pueden implicar de arbitrario, y por tanto al mismo tiempo de injusto. Ya que es la justicia, ese otro nombre de la

exactitud, lo que importa, y no sería admisible que un ser entre dos, un sexo entre dos, tenga únicamente el poder de fundarla, definirla y aplicarla. Mientras ame a mi mujer y esté convencido de que todo ser humano es mi semejante, incluso si no se me parece, ya que no solamente es de hecho, sino de derecho también de lo que se trata, me creeré y me sentiré incapaz de pedirle cualquier cosa que no pudiera soportar que me pidan a su vez.

Supongo que no hay nada más claro. Encuentro muy útil, íntimo y agradable y muy emocionante también azotar a mi mujer. Si alguna vez le apetece, cualesquiera que puedan ser los motivos de ese deseo, hacer lo mismo conmigo, pero en concreto si ella juzga que al azotaría uso y abuso de una superioridad física o convenida, y, por consecuencia, en este caso concreto, arriesgada, sea que esa superioridad se detenga en mí o se remonte a aquello que se ha querido llamar, muy significativamente por otra parte, la noche de los tiempos, ya que de noche todos los gatos son pardos, y las injusticias más sucias han tenido siempre el don de taparse con los forros del derecho y las garras del sentido común, si alguna vez la mujer que amo cree eso, en fin, ¿por qué no? Ciertamente es que me sentiré un poco molesto, algo turbado, me daría quizá la misma vergüenza que ante el miedo al ridículo. Pero aun así, ¿por qué no? ¿Qué sentía ella, aquella a quien amo, la primera vez que la amé, la primera vez que la desnudé, la primera vez que le di una azotaina?

CAPÍTULO II

Cuándo

Todo el mundo estará de acuerdo en que, en cuestión de azotainas, es materia importante saber en qué momentos y con qué periodicidad conviene darlas.

Pienso también que los ejemplos que yo mismo he proporcionado, y de los cuales se podrían extraer algunos indicios o leyes, no son buenos. He hablado de algunas azotainas administradas a Michéle, y de una en particular que pude o habría podido administrar a mi mujer. Pero yo me preocupaba sobre todo de escribir mi propia historia de la azotaina: quiero decir, cómo he llegado a concebir la idea y a hacer este elogio. De tal modo que, aunque mis ejemplos fuesen buenos, lo serían sólo para mí, o casi sólo para mí, ya que a otros ejemplos, otras leyes: estoy hablando de modalidades, no de lo esencial. Y debo precisar por qué no lo son para mí.

Yo pegaba a Michéle en momentos de crispación o de crisis. Por otra parte, he contado ya que golpeaba a mi mujer en una circunstancia en que, de todos modos, y sean cuales fuesen los otros elementos, los otros componentes de lo que nos une, ella me cansaba y me exasperaba. Ahora bien, la mayor parte de las constantes que se pueden observar en el ondulante haz de aquello que une, pero que puede también separar, a un hombre y una mujer, se oponen precisamente a que sea en tales momentos, o en tales circunstancias, cuando se haga uso de la azotaina:

entonces ese uso será peligroso, casi con seguridad nocivo, en lugar de bienhechor. Pero ¿por qué?

Podría decirlo en dos palabras, por desgracia una vez más de aspecto un tanto demasiado médico. Diría que la azotaina debe ser preventiva, y no curativa. Espero que se me entienda. Quiero decir que si cura es antes, siempre antes de esos momentos y esas circunstancias, y a lo largo del tiempo, que, en este caso, no es sino la duración del amor. Y no puede ser después, es decir, exactamente en el instante en que una divergencia, una ofensa, un accidente o una discusión la harían considerar, de manera inminente y urgente, como un remedio. La azotaina no lo es. Lo digo, lo repito, no es sino un gesto de amor. Como los otros, puede ser alterado, degradado, se puede corromper su uso, profanar su sentido. Si existe en nuestra lengua una expresión que en mí haya tenido siempre un efecto singularmente vomitivo es precisamente esa, con todo lo que sugiere, de reconciliación entre las sábanas. He cometido en mi vida muchas tonterías, y sin duda también incorrecciones. Deseo no haber caído nunca tan bajo, y esa es la palabra una vez más, para hacer el amor con el fin de amordazar a una mujer, triunfar sobre ella o humillaría. Y así, la azotaina por si misma. Como el amor, viene antes que todo lo demás, y después pierde todo su sentido. No podría sujetarse a un movimiento de humor. Depende de un sentimiento, y no de un resentimiento. Sin embargo, aquí sólo he tratado de obligaciones morales. También están las psicológicas. Por ejemplo, el hecho de que usar la violencia, aunque sea consentida, en un momento ya de por sí violento, es echar aceite al fuego, y arriesgarse por lo menos a pasar por exceso la medida del

salvajismo, o de la brutalidad que todo amor, por explosivo o ardiente que sea, es capaz de soportar. Por ejemplo, también, el hecho enraizado en el alma, el corazón y el carácter tanto de los hombres como de las mujeres: el deseo de tener razón. Comúnmente se traduce por ese otro que no es sino una caricatura de aquel: el de decir la última palabra. Pero lo evidente es que una pasión tal trasciende u olvida de golpe el sentimiento, la conciencia de la buena y mala fe. Puedo decir que he encontrado ese deseo en el curso de mi vida en la fuente y el fin de todas las discusiones y todas las agarradas a las que, aunque poco frecuentes por fortuna, me ha sido dado asistir, participase yo o no en ellas, y que se producían entre dos hombres, entre dos mujeres o entre un hombre y una mujer. Es evidente, por tanto, que usar la violencia ahí es contribuir aún más a inclinar el peso de uno de los platillos de la balanza, la cual oscila ya bien sin ello, y de entre una serie de argumentos que en sí mismos pueden ser falsos, insuficientes, desiguales o todo lo que se quiera, hacer intervenir uno por fuerza, uno que es de un tipo diferente, y que por esta misma diferencia no puede sino negar toda oportunidad y todo derecho a sostenerse a aquellos del primer tipo, y en fin, alterar aquel, es decir, rehusar entenderlo, desviándolo, por medio de esta fuerza, arbitrariamente.

A mí me gustan las cerezas, mi mujer prefiere la uva. Si tenemos mucho tiempo y energías que perder, como parece que es el caso de casi toda la especie humana, podemos establecer sobre eso la discusión más bella del mundo; quiero decir, la más estúpida y tontamente prolongada.

Nos acaloraremos juntos; quiero decir que lo haremos uno al otro y cada uno por su lado.

Convencido de tener razón, cada uno pretenderá que el otro está equivocado; y además, por estar equivocado, se obstinará en negarle el hecho y el derecho de tener razón. Bien. Cualesquiera que hayan podido ser, cualesquiera que sean nuestras convenciones, ¿debo acaso en ese momento asirme a la persona de mi mujer, o ella a la mía, justamente en la parte que las personas pueden tener de más privado, y eso con el único fin de aplicar a la fuerza, lo repito una vez más, el argumento hiriente, pero seguramente no original, que he dicho antes? Sería, ciertamente, para coger asco para siempre tanto a las cerezas como a la uva, y, como consecuencia de ello, a aquellos y aquellas a quienes les gustan las unas o la otra, o las dos a la vez. Este último ejemplo es estúpido, ya lo sé. Pero también querría que alguien me mostrase, entre muchos hombres y muchas mujeres, y me estoy refiriendo a los que se aman, una discusión o una disputa que no lo sean también. No discutiré, pues, más ampliamente aquí el valor intrínseco de toda disputa o discusión. Sólo me referiré a la oportunidad de la azotaina, o quizá debería decir una azotaina, cuando se ha admitido el principio.

Supongo que eso está ya bien patente en todo lo que he expuesto. Diría que una azotaina debe administrarse en cualquier momento que no sea aquel en que un espíritu caprichoso, punitivo o autoritario sentiría deseos de darla. Dicho de otro modo, de la persona que la aplica y la que la recibe; el objetivo de la azotaina no debe ser satisfacer a uno sólo de los dos. Cualquiera que sea este, por otra parte. Si puedo, en efecto, imaginar sin esfuerzo un tipo de hombres que se inclinarían gustosamente a descargar, de ese modo y en todo momento el exceso de bilis, rabia o mal humor,

sobre el trasero de su mujer, como otros, cara a cara, le hacen rencorosamente el amor, puedo testimoniar también que existe un tipo de mujeres que han contraído un gusto no menos excesivo por ese modo de persuasión, que desearían someterse a él con una frecuencia tal que eso tendería a convertirse en un auténtico despotismo, a la vez porque un argumento empleado con tanta frecuencia pierde su fuerza, y porque un juego que era libre debe forzosamente perder su carácter de juego al perder su libertad. Así se puede debilitar el prestigio de la desnudez misma exponiéndola demasiado y demasiado a menudo, y la magia de todo lo que atañe al amor, queriendo practicarlo de forma completamente egoísta o mecánicamente repetida.

Sin embargo, casi a la inversa, podría afirmar que parece existir, en las relaciones entre un hombre y una mujer, sean estas físicas, emotivas, afectivas, espirituales o intelectuales, o todo a la vez, una especie de ley de los ciclos. Quizá cada pareja tiene la suya, y sus ciclos propios. Lo ignoro y no pretendo hacer ciencia con eso. Pero estoy seguro de que cada pareja, si lo desea, puede descubrir una constante en la periodicidad con la cual reaparecen, en el interior de su vida, sus necesidades y sus deseos de hacer el amor o de razonar, de enternecerse o de legislar, de acariciar o de morder. Puede creerse que esto se debe, entre otras causas, a una desgraciada enfermedad del alma y el corazón humanos que hace que soporten mal la felicidad. En realidad, para demasiados hombres y mujeres parece como si eso, lejos de ayudarles, se opusiera por el contrario a la resolución o a una simple solución de sus contradicciones, a una simple conciliación de sus obsesiones o sus escrúpulos personales, a la menor

liquidación de todas las variantes, conscientes o no, de sus respectivos sentimientos de culpabilidad: en una palabra, sería vergonzoso.

Ahora bien, me parece que a esas constantes, un ser dotado para la vida y para la felicidad, o alguien que simplemente ame a otro, procurará siempre responder con constantes paralelas, totalmente conscientes esta vez, y que tenderán poco a poco a superponerse a las primeras, más deseosas de unirse a ellas que de cambiarlas, como se podría decir que el objetivo más exultante de la vida es calcarse sobre la vida, el del hombre fundirse en la mujer que ama, ella en él, y los dos, poco a poco, modelar su respiración sobre la más amplia del mundo.

No olvido la azotaina. Quería decir que los comportamientos instintivos entre un hombre y una mujer que se aman parecen manifestarse, repetirse, según ciclos precisos, y por lo tanto los comportamientos conscientes deberían, sin duda por norma, intentar encontrar esos ciclos, con el fin de amoldarse a ellos.

Quizá me dejo llevar por un espíritu demasiado ordenado u ordenancista y demasiado lógico, pero siempre me ha parecido que la segunda regla de oro, en materia de azotainas, ya que la primera era nunca darlas sólo para su propio placer, resultaba ser justamente no darlas tampoco de forma irregular. Sé que esto puede parecer contradictorio. Pero, como ya he dicho, se trata de una convención, y esta debe establecerse a partir de ritmos naturales y de una respiración profunda.

Entre mi mujer y yo, como ya he observado, después de los primeros tiempos en que estábamos aún alterados porque nos buscábamos aún uno al otro, desesperadamente, a través de todo el mobiliario y la gente y todo el rumor del mundo,

ya he dicho que nuestros impulsos, nuestros deseos, nuestro amor mismo, y también todo lo que en cada uno de nosotros, porque difiere del otro, le inclina sordamente a rechazar y a negar aquello, podía tener lugar en un espacio de algunos días. Ese espacio se dilata, se desgarrá o culmina hasta una especie de perfección, después se contrae, antes de hincharse de nuevo. Así los pulmones en el pecho. Y cada ciclo de inspiración o de espiración oprime o colma, trae la vida, o por el contrario el sueño, la asfixia, la muerte. La azotaina, quiero decirlo bien alto, triunfó en la larga lucha, el gran combate prestigioso contra el sueño, contra la asfixia y contra la muerte. Así tomé la decisión de pegar a mi mujer según ese tiempo misterioso y evidente de algunos días, según esa respiración para la que lo adecuado parece ser palpar, jadear a la vez muy rápido y como en un campo infinito.

El espíritu humano averiguó en seguida que la respuesta intelectual a una arbitrariedad cualquiera es una arbitrariedad todavía mayor. Solamente a partir de esta racionalización puede concebirse cualquier búsqueda o investigación. Yo no quería dar unos azotes a mi mujer cada vez que ella me irritase, me apenase o simplemente me contradijese, ni incluso, para hablar con propiedad, por ninguna de esas razones. Yo quería azotaría porque la amo y porque ella me ama. No tenía tiempo de esperar. En ese sentido, realmente, es en el que viene la azotaina primero y las leyes después. Las reglas de oro sólo pueden ser negativas o privativas: dicen lo que no hay que hacer, o mejor aún lo que no puede ser, no lo que puede o debe ser.

Decidí golpear a mi mujer al menos todos los viernes. Si, entre nosotros, a pesar de esa acción

preventiva, crece la tensión, se acentúan o multiplican las diferencias, soy libre de darle su azotaina un poco más a menudo. Podría decirse que es el principio de la convención y no la convención misma lo que importa. Ahora ya hemos dejado atrás el tiempo de la pura arbitrariedad, de manera que ahora es esta última la que se presta de alguna manera, a nuestras exigencias, y ya no nosotros a las suyas, de modo que, al fin, ya no se trata de una arbitrariedad, que era lo que nosotros, claro está, habíamos pretendido siempre.

El viernes es un buen día, como lo sería cualquier otro. Cada uno debe elegir el suyo. El nuestro, el de mi mujer y mío, en un mundo y una época cada vez más segmentados, presenta la flagrante ventaja de preceder precisamente a un momento de libertad mayor, de vacaciones. La azotaina, que procede del deseo, se expande en él, y sería muy triste que sus efectos, sus consecuencias, su brillo maravilloso, estuvieran limitados por uno de los múltiples bagajes, múltiples obligaciones que impone la vida de este mundo y esta época, convencionales, al amor humano.

Mi mujer y yo nunca convenimos hacer el amor. Sin embargo, sabemos siempre que lo haremos. Cuándo lo hacemos lo descubrimos juntos, y, si puede decirse así, en el mismo momento. Creo haber explicado ya suficientemente que es esa prisión mágica de barrotes hechos de libertad la que queremos reconstruir, mi mujer y yo, cada vez, así que con su consentimiento y según un acuerdo común, la tomo sobre mis rodillas, la desnudo y le doy unos azotes.

Si, realmente el viernes es un día muy bueno. Y

no Porque sea el día que entre todos los de la semana, pues al fin eso sólo constituye una razón secundaria, otra racionalización, una manera de justificación si se quiere, precisamente fuera de la razón, hemos elegido nosotros.

A menudo ese día me encuentro en la casa en que vivimos mucho antes que mi mujer. Lo hago así a Propósito porque la aprensión, la impaciencia, me hacen palpar el corazón y toda presencia, toda ocupación, toda distracción que no sean ella, mi distracción y mi ocupación elegidas, absolutas, me serian intolerables. Es viernes, me digo, con una opresión radiante. «Y es otro ya, y es siempre el mismo, y es ese único momento». Fuera, lejos de allí, sé que mi mujer piensa en mí, en ella misma, en mí pensando en ella, y con un sentimiento de angustia y de impaciencia cada vez más deslumbrante recargo, sobrecargo así mis pensamientos con los pensamientos de ella.

Ayer también fue otro día. En realidad no lo recuerdo. Quizá nos amamos, hicimos el amor, o quizá nos encontramos entre extraños o entre amigos, o quizá estábamos solos pero discutimos y casi nos odiamos. En realidad no lo recuerdo, hoy es de nuevo otro día. Es viernes, le doy una azotaina a mi mujer. Ella lo sabe y desde fuera, desde toda la intrincada confusión de seres y cosas, desde todo eso que no somos nosotros, viene hacia mí. Nuestra vida, nuestro amor, se basan y se crean poco a poco, sobre la pulsación más profunda como sumergida, de nuestro amor y nuestra vida. Desafiamos al tiempo, el de los otros, el de nadie, e incluso el que es propio a cada uno de nosotros: el de nuestras fantasías y nuestros recuerdos. Cada día que pasa, desigual, cambiante, movable, nos conduce a la ineludible azotaina, y su mágico magnetismo ordena la limadura de las

horas en forma de erguidas palmeras de deseo y obsesión.

Mi mujer y yo, claro está, discutiremos y nos irritaremos alguna vez. Creo que lo haremos siempre. Después de todo, dejamos al espíritu el placer de comprender, y al corazón la ardiente alegría de sus candores, su ingenuidad, su asombro incurable. Pero mi mujer y yo no tenemos tiempo de prolongar las divisiones, las divergencias, o, más bien, las denteras y rencores que resultan. No podemos extendernos en ellas como en lechos confortables y estrechos, esas yacijas de amargura solitaria, a la vez paralelas e inexplicablemente alejadas la una de la otra que tan a menudo doblan o desdoblan el gran lecho común el amor. ¿Por qué capitalizar todos esos restos mezquinos de una vida juntos? ¿Por qué amasar y conservar, si es siempre tan sórdido, aunque se diga que se trata de tesoros de sabiduría, por qué juntar ese triste botín de culpas sin castigo, de injurias jamás proferidas, de ofensas aún sin vengar? La última azotaina que le di a mi mujer, o la que ella me pedirá en seguida, tan deprisa, han evaporado ya o van a evaporar en su vaho luminoso esas escorias de un fuego mayor, del cual la azotaina no es sino un reflejo, y que es al fin lo único que importa. Realmente, no tenemos tiempo, quiero decir que no tenemos tiempo más que de vivir, no de impedirnos uno al otro o cada uno por su parte y retenernos la vida. Se puede creer que estoy bromeando, o que me dejo llevar por un lirismo un poco ficticio o morboso, y un poco vano. Pues no. He conocido y he visto a demasiados hombres y mujeres atesorar todos esos odios, lo cual suponía que antes los habían dejado nacer, instalarse, adquirir un espantoso derecho de asilo en el seno mismo de

aquello que los unía unos a otros, y, a continuación, acuñar día tras día, noche tras noche su lamentable ahorro, mientras se extrañaban de que el precio de esa paródica moneda de cambio, lejos de proveer la compra de la mínima parte del amor primitivo, inalienable, que un día la había suscitado, por el contrario acababa por deteriorarlo y debilitarlo, devaluándolo en la medida misma en que ellos se esforzaban por encarecerlo o, simplemente, de restablecer su curso.

La azotaina tiende a canalizar esos movimientos a la vez excesivos y contradictorios. Sin embargo, no los hace insípidos ni los vuelve superficiales. Como todo aquello que canaliza, puede dar o contribuir a dar a unos impulsos normales, naturales, pero desbocados y salvajes, el máximo de regularidad y continuidad posible, con el máximo de fuerza posible. Pone diques a la dispersión, y con ella a la pérdida. Los lectores de Charles-Albert Cingria sin duda recordarán su bello «Canal exutorio». Verdaderamente, creo que sin conocerme me ha robado la idea, o las palabras, él que no robaba a nadie, al contrario que tantos otros que saquean sin freno. Pero no importa, aquí al menos. Dejemos las frases vacías a los mudos, las miradas de odio a los ciegos, los puños apretados a los impotentes. La azotaina, lo repito, no es sino una variante reforzada de la caricia. Sigue y precede a la vez a una forma exaltada, soberana, y casi serena del amor, y como tal mi mujer y yo la hemos elegido juntos; creo que es su fijeza, justamente, lo que puede tener de obsesivo, y como de estereotipo, lo que permite a este amor desarrollarse con amplitud, cortado aquí y allá por rápidas caídas, con el invencible rigor de un gran río.

A cada amor, ya lo he dicho también, a cada hombre y a cada mujer que se aman, cabe descubrirle su propio ritmo, importando únicamente, como en todo, distinguir lo que es abuso para librarse de él. Se podría sostener que lo que se trata de encontrar es el lugar geométrico de resistencias diferentes: nudos y trabas del espíritu, cicatrices del alma y del corazón, inhibiciones ante el simple amor físico, del cual la azotaina no sería más que un sustituto, infantil e irrisorio en verdad, o pura sensibilidad de la epidermis y de la carne: se sabe que el trasero femenino, después de todo, no es ni un maniquí de karate ni un tambor. Y es ese lugar geométrico el que decidirá la elección del tiempo: tal repetición, tal frecuencia.

Pienso haber demostrado, en fin, que una buena parte del encanto de la azotaina, pero también de su eficacia, reside en su propia espera. Pasado un cierto deseo, oscuro en sí mismo, de indecisión y vaguedad de la primera juventud, uno sabe bien, en efecto, qué es lo que se espera, no lo que uno no espera; lo previsto, no lo imprevisible, que se aureola para el corazón y el espíritu con los atributos más retumbantes del asombro y la impaciencia. La novedad es para los tontos, los olvidadizos, los aturdidos y los irreflexivos. He aquí por qué mi mujer y yo hemos elegido mantener un cierto intervalo de tiempo entre cada azotaina; por qué hemos elegido un día fijo, por qué es el viernes, porque en nuestro recorte arbitrario y convencional del tiempo, el curso de este último va desde el lunes hacia el domingo; por qué, en fin, dentro de ese día, preferimos la noche a la mañana.

Por lo que a mí respecta, y también a mi mujer, la mañana es el momento del enfriamiento, en sentido figurado, de la lentitud, del espíritu y

cuerpo. Como todos aquellos a quienes les gusta la noche y que se acuestan y se levantan tarde, tenemos despertares torpes y perezosos, donde parecen confundirse aún, como en las brumas mismas del sueño, una sorda y muda ternura y la suficiente abulia y malestar como para dejar la parte mejor a los actos del día. La violencia, en ese momento, aun la más convenida, la más deseada, estallaría como una disonancia, una discordancia, una nota aguda en falso. Y tanto más cuanto que bajo la pereza y la lentitud se esconden toda la energía, toda la fuerza sin emplear que pronto, en seguida, rápidamente, se arrojarán con loca alegría sobre esos actos, esos gestos, esas horas. Verdaderamente, sería malgastarías usarlas ya, de golpe, para hacer volar en pedazos la reserva preciosa de noche, de silencio y de calidez que debe permitir, un poco más tarde, ahora, afrontar la otra desnudez, el otro despojamiento del día. En verdad vale o más hacer el amor, deslizarse desde la noche en el amor, sin demasiado ruido, sin demasiada pasión, sin demasiadas palabras, como una barca que se separa insensiblemente de la orilla, de sus sombras, de su tibieza acariciadora y se hunde, poco a poco, en la mancha deslumbradora del sol en alta mar.

La noche es un momento diferente. La mujer que amo y yo estábamos separados uno del otro. Cada uno hemos corrido nuestra carrera, nuestra fortuna en el mundo: la luz, las voces, el ruido. Y todo el día, sin embargo, una corriente subterránea de pensamientos, que parece deslizarse sin esfuerzo entre las transparentes redes de las horas, nos ha llevado el uno hacia el otro, hacia ese limite inmutable, el momento, el lugar en el cual debemos encontrarnos y donde haremos otro tipo de amor.

Durante todo el día nos hemos embotado, cansado, incluso agotado a veces. He pensado tanto en la azotaina que yo deseo y que voy a dar a mi mujer, que ahora esa azotaina ha dejado de tentarme. ¿Por qué le pegaré, realmente? Yo la amo, todas nuestras discusiones y peleas hace tiempo que las he olvidado y ella también ha debido de olvidarlas. Además, no podemos ignorar que lo cuentan, que no son ellas las que, desde que nos amamos, forman el tejido sólido, la tela profunda y apretada de nuestra vida, y mientras esta sigue creándose, de nuestros recuerdos. Y aún más, la azotaina misma no es sino un juego, un pretexto. El cansancio de amar, y simplemente de vivir, ¿no merece algo más que un juego o un pretexto? La mujer que yo amo, en cada una de sus costumbres, pero más bien debería decir nuestras costumbres, es más obstinada que yo. ¿Tal vez será porque es más joven? Hemos convenido que tal día, en tal momento, yo le daré una azotaina. Eso significa que debo darle, ese día y en ese momento, precisamente, esa azotaina. ¿Por qué privarme? ¿Porque soy más viejo? Yo le he enseñado a amar una invención, una imaginación que en principio parecía loca y absurda. ¿Por qué pretendo ahora privarla de ella?

Sin embargo, las horas pasan también sobre ella, mi mujer, debilitando sus razones, su resolución, sus propios sentidos, en el tiempo y la medida exactos en que va creciendo, como la mía, su impaciencia. Una azotaina, a fin de cuentas, ¿por qué? Es ridículo jugar a hacerse daño.

¿Y cuál es el verdadero móvil, el verdadero significado? ¿No querrá decir todo esto que yo, el hombre a quien ella ama, la amo o la deseo menos a ella, a mi mujer? ¿Qué me he proporcionado ese juego, ese pretexto, para disimular una sequedad,

una atenuación, una carencia, sean de alma o de cuerpo? ¿Existe una razón, una explicación suficiente para que una mujer joven, que ya no es ninguna niña, se haga gratificar por un hombre que tampoco es ningún jovencito con atenciones tan extravagantes y además tan ardientes como una azotaina?

Pero la noche ha llegado y no puede dejar de coronar el día. Desde hace algunos minutos voy dando vueltas por la casa, intentando en vano leer, entretenerme, pensar, no pensar. Me repito, a pesar de mi mismo, una infinidad de veces que es viernes, que debo darle una azotaina a mí mujer y que se la voy a dar. Si tuviera un poco de sentido del humor me entrenaría con un cojín, para estar seguro de hacerlo bien, no hacer demasiado daño ni demasiado poco. Pero estoy desprovisto del sentido del humor en estos momentos. Estoy a punto de correr hacia un espejo para comprobar si estoy sonrosado o pálido, calmado o nervioso, si estoy actuando o si estoy lo suficientemente convencido como para resultar espontáneo, sirio, si parezco una estatua griega o hago terribles muecas.

Vamos, es demasiado tarde, una vez más. No, quiero decir que es demasiado pronto. ¡Ah! No sé lo que digo. Sólo sé que estoy oyendo la llave de mi mujer en la cerradura. Como un loco, me abalanzo sobre un cigarrillo. Pero no tengo tiempo de encenderlo, ni tampoco ganas de fumar, así que lo aplasto en un cenicero. Cojo un libro. ¿Por qué un libro? ¿Es momento de leer o este? ¿Y qué libro es este, por qué lo sostengo al revés, incapaz de descifrar el título, ni media palabra?

Lo lanzo a través de la habitación, cosa que odio hacer porque siento mucho afecto y a veces respeto por los libros. De verdad, amigo mío,

¿dónde está tu sangre fría, tus bellas teorías, y tú mismo, dónde estás? ¿Estás en algún sitio acaso? Los pequeños pies de mi mujer taconeán ligera y vivamente en el vestíbulo. ¿Debo correr a su encuentro? Sí, claro que sí. No, es una completa estupidez. En primer lugar, no suelo hacerlo, y de todos modos hoy es imposible, mi mujer pensaría que yo he pensado que quiero darle una azotaina. Pero lo quiero y lo pienso, justamente. ¡Ah! Pero ese no es el juego. ¿Y cuál es? La azotaina puede ser uno, no la expresión de mi rostro antes, durante y después de que dé esa misma azotaina. Me dejo caer en la cama, me levanto de golpe como si me hubiesen pinchado. Mi mujer entra en la habitación. Estoy seguro ahora de tener ese aspecto del culpable al que cogen con las manos en la masa. ¿Pero qué masa? Para mi alivio, me doy cuenta en seguida de que mi mujer también tiene una mirada y una expresión completamente falsos. ¡Cuánto me ama, y cuánto la amo! Estoy de pie junto a la cama, y la cama está cerca de la puerta. Me parece notar, pero apenas tengo tiempo, que las mejillas de mi mujer están muy rojas bajo su color tostado, ese bronceado natural de verano e invierno. Ya está en mis brazos, se coge a mí, rodea mi cuello. Cómo puede ser tan dulce, tan confiada, con su cuerpo de golpe fundido en el mío, y sin embargo tan extraño, tan diferente, tan cálido, tan denso. ¡Ah! Es porque yo mismo estoy tan forzado y tenso. Realmente, me siento culpable, de manera agobiante y deliciosa. La mujer que amo me tiende sus labios, su cara, con los ojos cerrados, medio abiertos, medio cerrados, sus largas pestañas negras, espesas como las barbas de una pluma de cisne, pues hay cisnes negros, quiere besar y ser besada. No deseo besar sus labios, no tengo tiempo, no es el momento. Los

separo, los aplasto después con una precipitación y una distracción penosas. ¿Nos conocemos realmente, esa mujer y yo? Ella se mueve un poco contra mí, después se contrae de manera perceptible, se abandona y se funde de nuevo, se diría que por un esfuerzo de voluntad, de consciencia. Cuando hablamos, nuestras voces sin aliento cuchichean, en plena luz eléctrica, son voces de noche. Aquí llega el tiempo que no tiene, que no puede tener palabras. Las últimas, entrecortadas, febriles, se esconden: se diría que sienten vergüenza de ser proferidas. Mi mujer cuchichea, como si en ese mismo momento descubriese el destino y la fatalidad humanas, que supone que voy a darle una azotaina. Incluso por esas pocas palabras podría guardarle rencor. Pero no tengo tiempo. Gruño brevemente con embarazo, que tal es, en efecto, mi intención. Mi mujer me estrecha y se crispa un último segundo, después me suelta. Ahora ella está pasiva, se somete a mí, como un objeto, pero un objeto viviente, lo que es a la vez fascinante e improbable, y es mía.

Me apresuro, aunque desearía, más que nada, ir despacio. Instalo a mi mujer sobre mis rodillas, la golpeo tanto tiempo y tan fuerte como puedo y me atrevo. Cuando ya no puedo más querría conservarla aún mucho tiempo así, mirarla, está tan bella, me trastorna. Desearía dejarla pensar en la azotaina que acaba de recibir, y dejarme a mí pensar que acabo de aplicársela. Pero a menudo no tengo tiempo. Siento un deseo demasiado fuerte y demasiado apremiante de ir más allá, es decir, en primer lugar, y sobre todo, de huir hacia adelante, esconder mi emoción, mi turbación, que me ahogan, acabar de desligar ese cuerpo para mí más deslumbrante, más radiante, más desgarrador

que todos los demás pasados y por venir, de aprovechar, en fin, el aumento de humedad, de ardiente y fundente suavidad, de vertiginosa accesibilidad que la azotaina acaba de darle. Así que me aprovecho. Como si en el mismo lugar donde la azotaina de manera obligada se detiene, y rebota, mi sexo más penetrante me permitiera mágicamente proseguir, hundirme como si me hundiese entero en las dunas de carne punzante, abandonada e inefablemente voraz, y por fin agotadora y saciadora que la azotaina acaba de juntar. ¿Cuándo cenaremos? ¿Cuándo volveremos a ponernos la ropa, los zapatos, volveremos a mostrar una expresión civilizada en la cara, gestos acogedores para recibir a los amigos, visitar, volver al mundo, salir un poco de nosotros mismos, o simplemente sentarnos cara a cara, cada uno a un lado de una mesa, para hacer un sacrificio a algunos de los ritos y, a algunas de las necesidades propias entre otras de la especie humana? Ah, no lo sé. Pero qué importa. Tenemos tiempo, ahora. Todo el tiempo. Un día y una tarde acaban. Otra tarde y la noche empiezan.

CAPÍTULO III

Cómo

Recuerdo que hace algunos años, cuando conocí a mi mujer, ella y yo nos encontrábamos en una ciudad del Medio Oriente, quizá Teherán o Estambul. A menos que fuese en Egipto, en los lujosos jardines, no lejos de Alejandría, que rodean al que fue uno de los palacios de Faruk. Era en el mes de enero, y caminábamos bajo los árboles de una larga avenida donde el sol se combinaba con la sombra verde y negra de las hojas. Mi mujer hablaba de su adolescencia, de sus primeras salidas de chica joven, y también de su padre, a quien amaba, y de la muerte de este. De pronto dijo que él se disgustaba mucho cuando volvía tarde por la noche, y que la esperaba. Por su lado, ella se esforzaba en descubrir esa vigilancia, se quitaba los zapatos antes de pasar por la puerta, andaba de puntillas. Pero el viejo señor tenía el oído fino. Incluso aunque hubiese acabado por irse a su habitación, se levantaba o volvía a salir, e interceptaba al ratoncito de mi mujer antes de que hubiera podido refugiarse en su propio agujero.

Ella reía al contarme eso. Le pregunté qué pasaba entonces, si el viejo gritaba mucho. Mi mujer se rio aún más, sacudiendo la cabeza con una especie de rencor no exento de admiración, o de satisfacción. En primer lugar, dijo, él no era tan viejo. Y era un señor muy digno. No daba ninguna clase de gritos, sino que le pegaba.

Me vino, por todos los demonios, un impulso furioso y al mismo tiempo debo confesar que me

sentí excitado. ¿Se atrevía realmente a pegarte? ¿Y cómo? Dime, ¿cómo te pegaba?

Pues me daba unos azotes, dijo mi mujer, riendo y enrojando. Creo que, como Hércules o Milon de Crotona, a menos que no fuera Porthos, iba a arrancar de raíz uno de aquellos árboles y roerlo como un rábano. Pero ¿cómo?, le pregunté aún. ¿Cómo te azotaba?

Mi mujer se apretó contra mí. ¡Ah! Cómo me acuerdo de aquel verano de Egipto, si, decididamente era Egipto en pleno invierno. Y mi pequeña ratita dijo que yo estaba loco: puedes pensar que mi padre no tenía nada de perverso, sólo que no era como tú. ¿Qué hubieras querido que hiciese? Si quieres saberlo, me cogía por el brazo, me hacía girar como un trompo y me daba dos o tres buenos azotes en el culo. Y claro, me hacía daño, yo intentaba escaparme, primero, girando alrededor de la mesa. Pero, yo estaba de pie y vestida, ¿qué pensabas?

Lo que yo pensaba ella sólo lo supo unos días más tarde, en uno de los suntuosos apartamentos victorianos de esos hoteles que miran al Nilo. Pues habíamos vuelto a El Cairo. Pero en aquel momento, en los jardines de Montazah, la impresión que yo sentí, y que tenía una extraña y punzante vivacidad, fue sobre todo de alivio y, casi con la misma fuerza, de decepción.

Con mi mujer que, sin el menor esfuerzo, me había calado al instante, estoy dispuesto a reconocer que esa decepción, mi imaginación y mis preguntas eran perversas. Reconozco que aun estando muy irritado, aunque celoso sería una palabra más exacta, me hubiera gustado muchísimo que aquel honorable viejo señor le hubiera dado buenas azotainas a mi mujer. Entre otras por aquella razón, ya largamente expuesta,

de que hacia mucho que ella había dejado de ser una niña. Persisto en creer, en efecto, que es una dote excelente para confiar a una joven: creo que deben restarle huellas benefactoras, e incluso adorables, en el sentimiento que ella tiene, o tendrá, hacia los otros hombres, y en el que puede albergar de su propio cuerpo. Bueno. Pero también me alivió. Si la virginidad, en el sentido habitual, me es indiferente, estoy lejos de no desear al menos algunos territorios vírgenes. Los hombres disipados, en el sentido de dispersión, antes de casarse, comprenderán que pueda hablar de territorios imaginarios, más que de territorios puramente y por tanto abstractamente físicos. Ya que si hay, y existen, imaginaciones concretas, está claro que hay también un sentimiento abstracto del cuerpo.

Sin embargo, ¿cómo se da una azotaina, que es a dónde quiero ir a parar? Poco más o menos al contrario que ese digno señor, con quien no dejo de sentirme, a través de los días y del tiempo, en calurosa simpatía por la irreprochable calidad de sus principios fundamentales. Yo diría que es evidente, para mi, que la mujer que recibe los azotes no debe estar ni vestida ni de pie. O, mejor aún, que debe estar tanto lo uno como lo otro pero antes, y que precisamente una parte importante de la azotaina, o de la operación, en sentido extenso, de dar tal azotaina, es cambiar la situación en ese estado. Por lo demás, me apresuro a añadir que la víctima consentida tampoco debe estar desnuda, quiero decir completamente desnuda. Dar unos azotes a alguien que lo esté, o que esté vestida o de pie creo que es desnaturalizar el propio placer, sin hablar del significado, a la vez simbólico e inmediato, de la azotaina. Tanto más cuanto que, en efecto, más que sobre una percusión más o

menos prolongada y reforzada, me parece claro que su razón de existir y su sentido reposan sobre el hecho de inclinar o curvar y sobre el de desvestir: me refiero, con más precisión aún, a desvestir en parte, la parte misma queo interesa a la azotaina. Ya que esta última, establecida a la vez sobre la noción de humillación y dolor, debe tender a pesar de todo a conservar lo máximo posible de uno y otro, en la misma medida, y al tiempo que de forma insidiosa los caricaturiza y los falsea, si quiere conservar también su poder de enseñanza y, si se puede decir así, su brillantez, su virtud picante y profunda. Creo haber explicado ya bastante que no debería confundirse nunca con ningún tipo de acto represivo o punitivo sino con un gesto elemental de amor, o, si se prefiere, procedente directamente, inmediatamente de la más simple conjunción del Liebespiel o juego del amor. Pero me pregunto si no sería justo decir que debe conservar, en todo caso, un carácter correctivo.

Ya he expuesto también largamente que otro componente importante del acto y el sentido de la azotaina reside y está contenido en su propia espera, en el hecho de saber que se va a dar.

Seria, en efecto, como aventurarla y privarla de toda eficacia real, salvo quizá una especie de satisfacción nerviosa, aplicarla de improviso y brutalmente. Veamos lo que es preferible. Pero en primer lugar volveré a la primera persona, y de una forma casi autobiográfica, ya que siempre me ha desagradado, y me desagrada cada vez más a medida que avanzo en edad, disimular mis singularidades, sean intelectuales o morales, físicas o sensuales, bajo cualquier tipo de máscara: voy a utilizar, entonces, lo que en principio es indecente, pero, después de todo, quién no lo

hace, los recursos de su propia vida para dirigirse a sus contemporáneos, me parece seguramente más modesto e incluso menos hipócrita hablar en nombre propio, en primera persona, que escudarse en no sé qué pluralidades.

Pues bien: la mujer que yo amo piensa que ese día, esa noche, voy a darle una azotaina. Piensa en ello, espera largo tiempo antes mientras yo la espero a ella, mi víctima, mi mujer. Conociendo como nadie mis gustos, que para algunos detalles son precisos hasta la obsesión, ella ha puesto una atención particular en la manera de vestirse. Hablo aquí, y ya había hecho alusión antes, de la lencería femenina. Para mí es constante motivo de rabia y despecho la dificultad de encontrar, sea en los comercios de lujo o en el más vulgar de los almacenes de oportunidades, lo que deseo en esta materia. En primer lugar execro indistintamente, en este terreno, casi todo lo que se fabrica con tejidos sintéticos. Tienen siempre un tacto, el grosor, el color, la textura misma, inhumanos, fríos, muertos, oscuramente contrarios a la suavidad y el calor de la carne. Me obstino en soñar con las sedas, tisús, algodones y linos de antaño, incluso cuando no sé muy bien cómo eran. En segundo lugar, si se pueden encontrar, en alguna vieja tienda suiza, inglesa o de la Auvernia una de esas telas, yo no me quedo con cualquiera: son las más finas, pero que no sean transparentes o casi, las más suaves por no repetir sedosas, las tupidas y lisas las que convienen a mi meticulosa locura. Se comprenderá que es así porque imitan, o por lo menos no insultan, la humedad aterciopelada de la carne. Execro por tanto todo aquello que en una tela reservada a la ropa interior femenina, de los hombres no me preocupa, quizá adornada o, tal como se dice,

según creo, incrustada, todo lo que puede estar horadado, calado, granuloso, rugoso o rasposo.

No me gustan las prostitutas, jamás me ha tentado usar de ellas, y por ese motivo no puedo soportar tampoco en la ropa interior todo lo que sean encajes y cintas, macramés, ojales, realces y otras ridiculeces en forma de fruslería o baratija. Me gustan las medias llevadas bajo un vestido, sobre todo si son casi incoloras, pero odio tocarlas, quitárselas a una mujer e incluso verla quitárselas. Tampoco soy muy aficionado a los sujetadores: como todo aquello que pueda parecerse a una faja, a un porta ligas o a cualquier tipo de calzón largo y estrecho, son bien feos.

Y no hablemos de las horribles marcas que esos diversos instrumentos de aprisionamiento y de tortura dejan, a veces durante horas, en la carne. Sin embargo, he lamentado siempre, en contrapartida, la progresiva desaparición de esa prenda encantadora que se llamaba combinación.

Y por contra también debo observar que si bien rehúso como ya he dicho quitarle las medias e incluso el sujetador a una mujer, a menos que sea de una forma muy rápida, pero por desgracia soy más bien torpe, por contra, pues, no podría una mujer frustrarme y hacerme más desgraciado que quitándose ella misma su braguita o slip. Aquí reaparece la fijación, la obsesión que, de manera fundamental, me dicta el presente elogio. Pero me gustaría añadir aún, en materia de lencería, que también es importante la cuestión de los colores. En verdad, no sé qué especie de morbosa misoginia ha podido inducir en estos últimos años tanto a fabricantes como a diseñadores a decretar unos matices tan grotescos, tan insoportables como el marrón, el óxido o el violeta. ¡La peste caiga sobre ellos, amén de alguna enfermedad

vergonzosa! En lo que a mi respecta, el color más erótico, en una tela lisa y, como ya he indicado, un poco blanda y sedosa, sigue siendo el blanco. En lana fina, de trama muy tupida, el negro. Y por fin, en verano sobre todo, y más aún si la blancura de la carne secreta, de la carne escondida, ha sido preservada con respecto al bronceado del resto del cuerpo, pueden resultar divertidos algunos colores vivos: algunos rojos o azules. En cuanto a la forma, para acabar, y aunque esto parece escapar también a la pobre comprensión de los industriales que ya he mencionado, es evidente para mí que debería siempre, de la manera más sencilla del mundo, limitarse y reducirse a la del cuerpo. Un corte estricto y ajustado, sea corta o larga, se detenga por arriba justo en el nacimiento del pubis o descienda, como sucede a veces, más o menos sobre el de los muslos, pero siempre, de todas maneras, en uno de esos tejidos tan finos, tupidos y un poco ajustados que se adhieren con la mayor exactitud posible al volumen y al dibujo, al peso y la redondez del trasero, dejando adivinar su profunda y modelada hendidura, la grieta más discreta del sexo, es para mí el ideal incontestable. Nunca admitiré una de esas mordazas, esas trampas, esos ridículos jaeces o esos sacos o bolsas informes que pretenden vestir una de las curvas más bellas que puede tener el cuerpo humano. Realmente es insoportable de tocar, de ver, de quitar y poner, y por supuesto de llevar.

Bien. Por tanto, más o menos ligera, más o menos vestida, la mujer que yo amo va por la vida al encuentro de su azotaina. Una de las características de esta, en la cual se parece al acto mismo del amor, es delatar toda tentativa de constituirla en experiencia. Tanto para aquel como para esta, sin duda es demasiado grande la parte

del sueño o de la imaginación, y están demasiado unidos al instante, dependiente como dice Descartes del campo del ser y no del conocer, esa exasperación, esa exacerbación, que les son también propias, de todos los sentidos, es decir, en definitiva no sólo de todas las sensaciones, sino de todos los sentimientos.

Observando esto veo, y debo puntualizarlo de paso, incluso aunque, al observarlo, alargo aún el rodeo del que voy a hablar, veo que estoy tentado, de manera casi invencible, de eludir lo que constituye mi propio objetivo: me doy cuenta de que lo estoy rechazando al paso en que quiero, por el contrario, aproximarlo. Alguien ha dicho ya que este es quizá uno de los sentidos más profundos y la ineludible trayectoria de toda creación. Me contentaría con encontrar un axioma no menos evidente que ambiguo de André Breton, una vez más: «La poesía se hace en el lecho como el amor».

También la azotaina. Cuando por fin la mujer que amo se encuentra ante mí, a mi alcance, por última vez y a toda prisa, enfebrecido, recapitulo apasionadamente, inútilmente, en la disolución acelerada poco a poco de lo que se refleja en el seno de la conciencia, mis reglas precisas y absurdas. La mujer que yo amo sabe demasiado bien, lo digo una vez más, que ella forma parte del juego, y también que no se trata en realidad de un juego. Es eso y no el miedo, ni tampoco la impaciencia, lo que le pone fuego en las mejillas, en el corazón ese latir enloquecido, en los ojos ese polvo de estrellas.

Mi mujer pasa ante mi como si no me conociera. Sin embargo, me conoce. Si nos besamos, es con precipitación, con brusquedad, con una negligencia febril, burlona. Mi mujer va a esconderse, lejos de mi, no para volver

completamente desnuda, sino sólo para desembarazarse de aquello que no me gusta en ella. Cuando vuelve, podría creer que es mi mujer, la de todos los días. Sin embargo, es falso. No es un juego, sino el juego. En realidad sólo lleva una camisa o un jersey muy fino, bajo este los senos desnudos, y, bajo la falda corta o el pantalón, una de sus terribles, aturdidoras, trastornadoras braguitas. Por lo general no hablamos, con excepción quizá de esas breves preguntas, de esas no menos breves respuestas, extrañamente como imitadas del exterior, que pueden cambiar dos personas que se entregan juntas a la ejecución de un trabajo perfecto.

Si intentamos sonreír, reír, la emoción parece crisar, cuajar esas manifestaciones visibles, y sonreímos o reímos más tiempo, haciendo muecas, para disimular, pero ante quién, que desde el principio eran de una falsedad casi total. Y entonces entramos en el sereno país de la movilidad, aunque sea fugaz, provisional, en la olímpica región del silencio. Yo me siento en un rincón del lecho, o en una silla. Una cama, Breton ya lo dice, se presta a la poesía y al amor. Una silla, eso da al cuerpo que a ella se acoge una inflexión a la vez más provocadora y más desarmante. Por pereza, prefiero casi siempre la cama. Simplemente ocurre que, a lo largo de una vez y otra, he pasado del lado a la esquina, que recoge más o menos las ventajas de la cama y la silla. Si mi mujer, en efecto puede colocarse demasiado bien, reposar la cabeza y los miembros, se me escapa, traiciona mi esfuerzo de agresividad, de brutalidad paródicas, de paródica crueldad: no me atrevo a decir terapéutica. Sentado, yo la miro de arriba a abajo por última vez. Así, de pie ante mí, vestida y ruborizada, es

tan diferente de mí, tan encerrada en su propio mundo. Le tiendo la mano y ella aprieta furtivamente mis dedos, como los perros lamen la mano que les ha golpeado, que les golpeará aún más. Traiciono esta última confianza y abuso de que estoy sosteniendo la mano de mi mujer para atraerla hacia mí. Ella cede, se pliega, se curva y se echa de cara a través de mis rodillas y mis muslos. Busca bien que mal un poco de equilibrio, pero puedo comprobar que lo que a mí me llevaría al suplicio a ella no le molesta, más bien la arrebatada en secreto: tener la cabeza más baja que el resto del cuerpo, las piernas en falso, sentir los brazos embarazosos e inútiles. Ella se sujeta, sin verdadera aprensión, al borde de la cama, a una de mis piernas, para mantenerse más que para protegerse. En esa posición, cuando menos inhabitual, parece sin esfuerzo aparente volverse frágil, entregada, tan cálida y densa como si se hubiera tendido y ofrecido en un lecho de rosas. Pero yo me pongo en guardia para no dejarme enternecer, o aunque sea emocionar, en exceso. Hoy, la falda es corta y de seda, y lleva la etiqueta de un conocido modisto. Cuando vivía aún en una gran ignorancia de la azotaina estaba obsesionado, lo recuerdo, por el temor a arrugar y estropear ese tipo de ropa. Ah, no deseo nunca que mis placeres sean gravosos. La mujer que yo amo, sin embargo, me ha enseñado, en este pequeño terreno, el encanto dulcemente sádico, iconoclasta y vengador de la indiferencia. Yo no lo conocía sino para lo que me pertenece a mí. Mi mujer dice que ella misma me pertenece. A veces la creo, y a veces no. En este preciso momento sí, o va a ser que sí, en el mismo segundo en el que cumpla lo que estoy a punto de acometer. A saber, como si en efecto, esta rica tela fuese completamente mía,

con una irresistible indiferencia, la tomo en dos lugares diferentes de su extremo inferior y levanto toda la falda, que a causa del peso del cuerpo desliza o mal, por debajo sobre todo, hasta las caderas de mi pequeño ratoncito, allí donde se redondea la depresión dorsal de la cintura: el hueco de los riñones, como se dice. Encuentro cada vez, pero me parece que cada vez se me olvida, ese mismo asombro fulgurante, ese mismo chispazo que atraviesa como una llama mis propios riñones, contrae mi garganta, libera y endereza con una violenta sacudida mi sexo y de golpe enloquece, afieltrándolos al mismo tiempo, los latidos de mi corazón. Mi mujer es y no es, de una manera insidiosa hasta el extremo, más ella misma que lo ha sido nunca. Está casi más desnuda, también, en medio de esa mezcla a la vez rigurosa y confusa de tela y carne, de ropa y desnudez aún invisible, o casi invisible, pero tan cercana, de lo que nunca ha estado. Querría, como la mariposa de mi propia carne, incluyendo por supuesto el alma, pinchar con una aguja ese instante inconmensurable. Sin embargo, la insuperable sabiduría de la carne, siempre sin omitir el alma, me dice que eso no es posible: que todo instante es mucho más bello al fundirse ya en otro. No hay tiempo, es verdad, sólo hay tiempos. Realmente ya se me olvida, ya he olvidado ese deseo loco de no moverme, de no seguir, de fijar lo que es inasible y que, fuera de esta fluidez que es la propia de la vida y del alma humana, no tiene sentido. Es el cuerpo el que se equivoca, porque es más lento, más opaco, y este error del espíritu es la verdad del cuerpo. No puedo nunca ver suficientemente, abrazar suficientemente con la mirada toda la belleza, y es por eso, o también por eso es tan bella, es su fuga sutilmente retenida

lo que me colma y me desgarrar. El adorable trasero está allí, inolvidable como un problema insoluble, evidente como una solución de la cual se ha olvidado el problema, claramente visible bajo la fina tela sedosa que lo cubre aún, que mostrándolo lo disimula, y lo revela escondiéndolo. En verdad debe de estar sobre mis propios ojos esta escama sensible. Pero deseo, quiero ver aún, siempre. Todo lo bello continúa excavando en mí sus luminosas galerías de mina, forradas y acolchadas como el interior, el más profundo interior del sexo mismo de la mujer. Para ver claro, para cegarme hasta gritar con esta luz, tomo a su vez, pero en esta ocasión por el extremo superior, esforzándome lo más posible por no tocar la carne, lo cual significaría un signo de connivencia, una caricia, el pequeño slip ajustado, o la ajustada braguita. Amo, con locura tanto de uno como de la otra, la manera en que aprietan un poco el hueco de la cintura y el principio de los muslos, se diría que se agarran a lo que están ocultando. Hoy es una braguita más que un slip, es de lana negra fina y suave, bastante corta, y el oscuro tejido me recuerda de forma punzante algunos azules maravillosamente oscuros del pelo, las sombras y la carne misma del sexo, y también del fondo del hueco estrecho, pero más estrangulador que estrangulado, entre las nalgas de mi mujer. Un día, sobreponiéndome a la pena y el temor, pediré a mi mujer que se prive de ese forro para gozar al fin de su sexo y de ese hueco completamente desnudos. Esta noche no hago sino pensar en ello, de nuevo con el ardiente y repentino ímpetu de puñal en los riñones y el vientre. Bajo la pequeña braguita hasta el delicioso pliegue de sus muslos. Me disgustaría quitársela del todo, porque contribuye a servir de

adorno, de marco, y también porque sería un viaje demasiado largo, me distraería y resultaría risible hacerla deslizar hasta los pies y quitársela. Así, engastado entre esta y el otro pequeño burlete graciosamente arrugado de la falda, el trasero estallante y húmedo, pálido y radiante parece ofrecido por entero, casi tendido, a la vez inocente y provocador, débil y tierno como los niños y, como ellos sin duda, indeciblemente orgulloso y perverso. Los balidos del cordero, se dice, excitan la furia del tigre. Pero, en realidad, ¿qué cordero? Pues es precisamente este falso candor el que constituye la razón, quizá ilógica, pero la menos refutable, en favor de la azotaina. En esta, cada vez, la que, llevándola sobre un último miedo de herir u ofender, de humillar, de hacer daño, me exaspera hasta levantar una mano que juega el juego de la amenaza, de la dominación, de la venganza, y finalmente la deja caer. En la lechosa luminosidad de la carne más secreta, con sus matices oscuros y sus sombras, sus huecos de fuego mal apagado; aparece y desaparece, se abre y se cierra, promesa y prenda de esos últimos planos que hay siempre en la belleza, en la carne, a pesar de lo que puedan pretender los eunucos, y en el amor. El primer golpe lo doy, a despecho de lo que acabo de decir, menos por grandes deseos de darlo que por temor de no decidirme nunca. Así, a menudo me aventuraba cerrando los ojos en los gestos profundos del amor, cuando era adolescente. Ahora, en el instante preciso en que aplico ese primer golpe, creo saber que he sido demasiado violento, o no lo suficiente: sé que, de todos modos, se ha escapado a mi juicio y mi control. Pero es esa huida misma la que me incita de manera irreprímible a continuar. Como en los gestos profundos del amor, no puedo volver a

encontrarme si no me pierdo primero. Me obstino por tanto en golpear esa carne cuya propia sumisión me provoca y me desafía, que se rebela afectando humillarse, enrojeciendo, cediendo, volviendo a encontrar eternamente, por último, su forma y su belleza milagrosas bajo el insulto de mis golpes. Sin duda, entonces, experimentamos, la mujer que amo y yo, un gozo muy áspero, un poco amargo, adivinando, presintiendo cada uno de esos golpes, y a pesar de todo y a pesar de mí, me contengo contra la tentación de golpear más fuerte, más rápido, durante más tiempo, como uno se contiene al hacer el amor de perforar de una vez, una vez al menos, a esa mujer que uno ama, para amarla, una vez al menos, hasta el limite. La naturaleza, afortunadamente, la del amor en todo caso, y también la de la azotaina, quiere que ese gozo culmine y se colme por sí mismo hasta sus fisuras más íntimas, en todos sus excesos y sus prolongaciones, de manera precisa en el instante en que ya no se soporta más. ¿Quién es, en realidad, este cordero con dientes de tigre? ¿Quién es el tigre con dientes de cordero?

La medida de la azotaina, sin embargo, está fijada con menos exactitud por el cuerpo y la naturaleza. A estos últimos se unen la intuición, el buen sentido y el simple sentimiento del amor. El ideal, extraído de una experiencia no muy larga, pero sí intensa, de la azotaina, y teniendo en cuenta todas las razones y significados que he encontrado para ella, me parece ser el momento justo en que la mujer a quien se azota se pone a llorar. Por supuesto, hablo siempre de una mujer a quien se ama y que ama a quien la ama. En la vida cotidiana con ella también se da por supuesto que uno aplica todo su amor y su honor en intentar ahorrarle la mínima ocasión de llorar. Pero

entonces faltan las lágrimas. Creo que estas forman parte de la vida, en el sentido casi más físico, pero también de la ternura, quizá de una cierta bondad, como el licor del hombre y el licor de la mujer forman parte del amor de los cuerpos: son una de las soluciones o de las resoluciones de los complejos nudos que forman el foco mismo de esta vida y estos sentimientos, que no se expandirían sin ellos, al menos en toda su plenitud.

Ahora bien, es esta proximidad, este parentesco el que elimina todo sadismo, toda tentación cruel, a menos que sean fingidos, representados, como mero pretexto. La mujer que uno ama desea llorar bajo los golpes del hombre que ella ama, y que la ama, como desea de todo corazón y con todo su cuerpo gritar en el goce del amor. Llorará, pues, antes, mucho antes de que el dolor le haya proporcionado e impuesto más que ese puro pretexto para dejar correr sus lágrimas, igual que gritará en el amor mucho antes de que el hombre se vea abandonado a la última tentación de desgarrarla y perderla. La experiencia, una vez más, rodeada de todos sus símbolos, que hay que descifrar a su vez, pero en lo que se fracasa justo cuando se cree haber acertado, muestra que es más bien ella, la mujer, quien perfora y desgarrar al hombre.

Por última vez repito, pues, que no se trata de hacer daño, sino más bien de hacer el daño suficiente, en el interior limitado y espacioso de una convención: es lo contrario de la crueldad, y lo contrario del sadismo. La reciprocidad de esta ley me parece demostrada por el hecho de que cuanto más nerviosismo, rencor, caprichos y hostilidad haya amasado la mujer que uno golpea, más tiempo tardará en llorar, y conviene por tanto

azotaría durante más tiempo. Creo haber explicado bien, en efecto, que la azotaina, si bien no es punitiva, debe, sin embargo, representar la contrapartida más fiel posible a todo lo que puede acumularse, entre un hombre y una mujer que se aman, de odioso o, sin llegar hasta eso, de agresivo o de negativo, aportando a estos sentimientos el alimento mismo, por el sesgo de la violencia infligida o sufrida, que les permita reabsorberse, satisfaciéndose así.

Pasando de un lado a otro de su delicioso trasero, de arriba abajo, de izquierda a derecha, y verdaderamente la imagen, la expresión, de mejilla con mejilla no han tenido jamás un sentido mejor, y así sucesivamente, según vaya poniéndose bellamente púrpura o se distienda y se crispe para luego ocultarse y ofrecerse, yo golpeo a mi pequeño ratoncito hasta el momento en que, con el corazón desbordado y mientras, como en el amor, ella se estremece, su pequeño trasero se abandona decididamente, su sexo mismo, puedo sentirlo, puedo sentirlo, está preparado, desbordante y fundido, hasta que ella acepta, en el colmo del placer y la felicidad misma, ponerse a llorar, gimiendo con una voz minúscula, y vuelve un poco, a propósito, la cabeza del lado en que yo veo sus ojos estrellados de satisfacción y de malicia, y la sonrisa temblorosa que, en su triunfante derrota, la transfigura.

Ella es mía, puedo dejarla así, hipócritamente humillada, y admirar sin cansarme mi obra, con la misma hipócrita modestia por mi parte, el mismo orgullo perverso con queo los césares enumeran y contemplan a sus muertos en los campos de batalla, o cogerla entre mis brazos, acabar con prisa y negligencia de desvestirla, igual que pelaría una fruta, echarla en cualquier sitio, de

cara o de espaldas, y penetrarla a mi gusto, cual héroe que avanza por una ciudad que tiene todas las puertas abiertas, y que después de un simple simulacro de combate, tanto soñaba, tanto deseaba ser tomada: se da por supuesto que la ciudad vuelve a cerrarse, y que el héroe queda extenuado, glorioso, en su recinto.

¡Sí! Y yo, al mismo tiempo que ese objetivo evidente, llego también al final de mi elogio. No añadiré sino algunas palabras, a propósito de una herejía, de origen anglosajón al parecer, caracterizada por la predilección, en materia de azotainas, del uso del cepillo de los cabellos. Nos proporciona un ejemplo la novela de Erskine Caldwell, muy leída estas últimas décadas, que tiene por título *El Pequeño Acre de Dios*. Se trata de una mujer que, sorprendiendo a su marido que yacía desnudo en compañía, y la expresión es pobre, de otra mujer, utiliza el susodicho instrumento para castigar al delincuente a expensas de su trasero. No recuerdo si el texto precisa qué lado del cepillo, las cerdas o el dorso, es utilizado. Ciertas obras del mismo origen aparente, aunque de baja calidad, como decía Brantome, y consagradas por completo a la azotaina que he podido ver por ahí, parecen indicar, según las fotografías de la cubierta, que se trata del dorso.

Sin embargo, me inclino a creer que Caldwell, aunque no tengo su obra a la vista, habla del otro lado. Pero no importa. He calificado ese uso de herético. Mejor dicho, me parece no sólo tal, sino contrario a la naturaleza y al sentido mismo de la azotaina. De aquella, como, por otra parte, cabía esperar por parte de una raza, una religión o un país profundamente puritanos, no conserva sino el aspecto flagelante y represivo. Consigue privarla

casi por completo de lo que tiene de carnal. Es el colmo.

Dejando ahí esas prácticas de sádicos maestros, de débiles verdugos y de reprimidos sexuales, me contentaré con decir por última vez que una azotaina se da con la mano y, como la palabra indica, en el trasero, en las nalgas de un hombre o una mujer. Su valor, su calor deslumbrante vienen en primer lugar de que se da con la mano, y sobre esa parte demasiado a menudo y con demasiada injusticia olvidada o abandonada del cuerpo. Viva o no, dura o no, prolongada o corta, la azotaina debe situarse entre el golpe y la caricia, se podría decir Que empieza y acaba a medio camino entre los dos como si destapara y se expandiera sobre aquello que la medicina llama el umbral del dolor exquisito: hasta ahí, no es todavía una azotaina, más allá, ya no lo es.

Ciertos lectores que me habrán seguido hasta aquí seguirán creyendo quizá que yo estoy bromeando o que exagero. Quiero repetir para concluir que no es eso. En una época y un mundo, quiero decir un tipo de sociedad, en la cual la carne, mientras tiende a exhibirse cada vez más, es en el fondo la gran vencida del combate interminable entre el cuerpo y el espíritu, entre lo concreto y lo abstracto, entre lo que tiene sentido y el símbolo o signo que pretendidamente lo muestran, creo, sé que es urgente buscar todo aquello que permita restablecerla a su rango de savia, de sol y de sabiduría verdadera de los hombres. Haz el amor y no el odio. Y no hagas tampoco el ángel, o pronto no podrás tampoco conocer la alegría embriagadora de hacer la bestia. Hubo tiempos pletóricos de carne y sangre. Así se cree, al menos. Ya no lo son, o aún no han vuelto. No nos desgarramos más, porque todas las heridas

sangran, las del cuerpo y las del alma, y ya no nos queda mucha sangre. Busquemos la ternura, la emoción, y todos los flechazos, si son calor y luz. Se ha hablado del alma, después del corazón, después del espíritu, y en último lugar del sexo. Se podrían poner los nombres de los siglos sobre esos nombres de rodajas de hombre. Después, un día, sólo quedan los nombres, y los hombres se acuestan fuera. Queda lo último, lo desconocido. Encontremos rápido esa cara oculta del mundo, y el simple trabajo de nuestras manos, antes de darnos cuenta de que nos hemos encerrado a nosotros mismos, de una manera quizá irreversible, en los calabozos asfixiantes de una nueva escolástica.

Notas:



epublibre.org